
BOLSILIBROS
Selección
TERROR
LA LEYENDA DE LA BESTIA
CURTIS GARLAND

—La Bestia… Dios mío, no puede ser posible… ¡No puede ser!

Pero instintivamente sus ojos se dirigieron a un punto de su gabinete donde un reflejo del sol nublado, filtrándose entre los cortinajes, hacía brillar extrañamente unos ojos de vidrio de color rojizo. Unos ojos que, sin embargo, nada reflejaban, porque eran sólo cuentas de vidrio en una figurilla situada encima de una repisa.

Una figurilla de extraña, atroz fealdad. En cuya peana o soporte de madera se leía sobre una pequeña placa de plata el nombre grabado:

«LA BESTIA DE LOS BOSQUES DEL NORTE DE CALIFORNIA»

Richard Graves, repentinamente, parecía sentir miedo de algo. Sus ojos no se apartaban de las dos cuentas de rojo vidrio que eran los ojos de aquella abominable figura…



Curtis Garland

La leyenda de la bestia

Bolsilibros: Selección Terror - 178

ePub r1.0
xico_weno 18.10.17

Título original: *La leyenda de la bestia*
Curtis Garland, 1976
Ilustraciones: Desilo

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2




SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

EMPEZÓ a llover cuando el autobús doblaba la curva, alejándose definitivamente en la noche.

Era primero una lluvia menuda y esporádica, pero el cielo negro y sombrío, el viento húmedo y persistente, hacían temer un recrudecimiento inmediato del temporal.

Ella maldijo entre dientes, enfurecida, lo inoportuno de todas las circunstancias que acababan de darse. El autobús, demasiado puntual, perdido ya, hasta que media hora después pasara el siguiente… La lluvia y el mal tiempo, la proximidad indudable de un empeoramiento climatológico, lo oscuro de la noche y del paraje.

Y, sobre todo, sus propios problemas y preocupaciones. Su actual estado de ánimo, su nerviosismo y su mal humor. Y, ¿por qué no decirlo? También su… *su miedo*.

Porque Pamela tenía miedo. Un miedo irresistible y quizá absurdo. Pero miedo, a fin de cuentas.

Se preguntó cómo era eso posible. Pero ya se lo había preguntado otras veces antes de ahora, con idéntico resultado negativo. Para cierta clase de incógnitas no había respuesta. Pamela Graves se preguntaba cómo se podía tener miedo de aquél a quien se había amado…

Miró atrás. Miró con temor, con aprensión. No vio nada, salvo la arboleda oscura agitándose a impulsos del viento, la cinta desierta de la carretera y la sombra, apenas visible, de la finca.

La finca…

Respiró hondo, cerró sus ojos. No quería verla. No quería pensar en nada. Y en él, menos que en ninguna otra cosa. Ni en él ni en la finca. En nada de Jo que quedaba atrás.

Sí, ésa era la palabra exacta. Atrás. Quedaba todo atrás. Para siempre. Si hubiera salido unos segundos antes… Sólo medio

minuto, acaso menos… y no hubiera perdido el *bus* de las ocho treinta.

Ahora debería esperar a las nueve. Si es que era puntual. Media hora en plena noche, en un lugar tan desierto como aquél, era demasiado tiempo. Con lluvia y mal tiempo, más aún. Y si se siente miedo… treinta minutos pueden ser una eternidad.

Trató de ver alguna luz. Alguna que no fuese la de la finca, allá a sus espaldas, filtrándose débilmente entre los barrotes de hierro de la alta verja y la frondosidad de la arboleda sombría.

Creyó descubrir, allá en la distancia, otra luz rojiza, parpadeante. Frunció el ceño, tratando de recordar. Y recordó.

—Oh, el parador de carretera… —murmuró, con cierta esperanza en el tono—. El parador… Lo he visto cientos de veces. Pero nunca me detuve en él, ni siquiera conduciendo mi coche. O cuando… cuando *él* conducía el suyo. Lo que son las cosas. Estuvo siempre *allí*… y yo jamás me preocupé del parador ni de su luminoso rojo y parpadeante.

Ahora, de repente, se convertía en una esperanza. A pesar de la distancia.

Calculó que podía hallarse a media milla. Quizá menos. En diez minutos, a buen paso, podría alcanzar el parador y hallarse en un lugar seguro, acompañada de alguien, con luces, con música en un aparato automático, jugando al *pinball*, si quería. Y tomando un café caliente, para entrar en calor.

Máximo, podría perder quince minutos en llegar. Quince minutos bajo la lluvia, era bastante. Pero peor era quedarse en pie allí, sin protección alguna, durante media hora o más. Todo dependía de la puntualidad del *bus*. No todos eran tan puntuales como aquel de las ocho y media…

Valía la pena darse la caminata y esperar otro cuarto de hora largo bajo un techo y entre unos muros acogedores. Ya lo creo que valía la pena. Cualquier cosa menos quedarse allí, en pie, junto a la carretera, esperando…

Las gotas de lluvia no eran más abundantes, pero sí más gruesas y molestas. Se subió el cuello de su gabardina clara, una mancha de color amarillo en la noche sombría. Se dispuso a caminar.

De pronto, volvió la cabeza. Clavó sus ojos inquietos en la espesura de los árboles.

¿Había sido imaginación suya, o había sonado *algo* entre la arboleda?

Claro que la lluvia ahora producía ruido en la hojarasca. Y el viento también hacía crujir de un modo singular los arbustos del descampado. Una noche tormentosa crea mil y un ruidos indefinibles, sin necesidad de que nadie los produzca.

Sin embargo…

Sin embargo, Pamela Graves estaba asustada. Más asustada que nunca Jo estuviera. Y no sólo por aquel hipotético ruido entre los árboles.

Echó a andar resueltamente. Con paso largo. Casi con prisas. Su figura, joven y esbelta, se movió con rapidez en la noche. Caminó bordeando la ruta de asfalto, tan solitaria como el resto del paraje. Era una carretera poco frecuentada. Especialmente, a aquella hora, y en semejante época del año. Sucedía siempre con los lugares habituales de veraneo y vacaciones. En el invierno, o simplemente en el otoño, eran escasos los que se acercaban a ellos, quizá por no borrar un buen recuerdo ante el clima aburrido que se respiraba en ellos al terminar la temporada.

Sus pasos sonaban huecamente en el silencio. Los tacones repiqueteaban con un ritmo monocorde sobre el asfalto. Ni un solo coche, en una u otra dirección interrumpía la soledad y el silencio que la rodeaban.

Un indicador de ruta apareció ante ella más allá de la curva. Apenas si le resultó visible lo que anunciaba. Al aproximarse, pudo leerlo con dificultades:

JOHNNY'S
ROAD HOUSE HALF A MILE

—Parador de Johnny, a media milla… —suspiró. No estaba equivocada en el cálculo.

Junto al rótulo anunciador, la imagen de una botella de refresco y un plato de huevos con bacon, invitaban al viajero a detenerse, en una litografía muy bien impresa a color, con la mención a una famosa bebida refrescante.

Pamela aceleró su paso, deseosa de encontrarse en el parador de Johnny, aunque no notaba sed ni el más leve apetito. Era otro su

sentir en ese instante. Estaba pensando en *él*…

Él… Le costó no volver la vista atrás de nuevo, aunque estaba segura de *que* en esta ocasión, la curva de la carretera haría ya imposible distinguir la finca entre los árboles. Había quedado definitivamente atrás. Lo mismo que él. Lo mismo que una época de su vida que no quería evocar ahora.

El trazado de la carretera se hizo más sinuoso, bordeando ahora montículos y agolpamientos de árboles. También formaba el terreno una leve pendiente en suave descenso hacia el llano. En la época veraniega eran abundantes allí los *campings* y los coches detenidos, con su *roulotte*, allá entre las arboledas, disfrutando del buen clima y el aroma de los pinos. Ahora, la soledad y el silencio, formaban una atmósfera desoladora en el lugar. Especialmente para una mujer que caminaba sola, por su propio pie, carretera adelante.

Se paró en seco. Lentamente, con temor mal disimulado, volvió la cabeza.

Otra vez.

Ahora estaba segura. O *casi* segura. Había notado algo tras ella. Un ruido extraño, que no parecía producto de la lluvia ni del viento. Acaso un roce, un movimiento sigiloso, un deslizamiento inquietante en alguna parte, tras de ella.

Sin embargo, no vio nada. Ni a nadie. Era la única persona en la carretera. La lluvia era casi aguacero. Sus gruesas gotas repiqueteaban con fuerza sobre el negro asfalto, dándole un brillo resbaladizo. El viento no dejaba de producir extraños roces y chasquidos en los bosques cercanos. Pero hubiera jurado que ninguno de esos ruidos se parecía al que creyera oír ya por dos veces a sus espaldas.

Pamela Graves apretó los labios, echando a andar de nuevo con decisión, dominando todos sus temores. Lamentó lo sucedido. Se reprochó haberse dejado convencer por él, ir en su propio coche, para luego tener que irse así, por su propio pie, sin medios de locomoción, en un paraje tan poco hospitalario cuando se terminaban los veraneantes…

Mientras caminaba resueltamente, con la mayor rapidez de que era capaz, evocó los últimos sucesos en casa de él, la forma en que se ausentó ella, airadamente, dando todo por terminado…

Tuvo un leve estremecimiento. No le había gustado algo en él.

Acaso su gesto, su voz… No sabía el qué. Pero no le gustó. Se había quedado demasiado tranquilo, demasiado impávido. Él no era así. ¿Qué se había hecho de su natural violento y exaltado? ¿Es que un hombre puede cambiar tanto cuando… cuando el divorcio y la separación definitiva andan por medio, y se van a tirar por la ventana tres años de vida en común? ¿Era él realmente como lo veía ahora, o como había creído verlo antes, desde que le conociera, cuando se casaron, y finalmente cuando las cosas se pusieron mal y resolvió terminar de una vez por todas?

Por un momento había pensado si no se precipitó demasiado en lodo aquello, si no cometió un grave error al tomar una decisión tan grave e irreversible como aquélla. Luego alguien le había confortado con su aprobación. Y había oído frases de aliento y de solidaridad. Y cosas como aquélla…

—Haces bien, Pam. Haces muy bien. Richard es un monstruo. Aléjate de él.

Un monstruo…

¿Era, realmente, un monstruo? Había sido su esposo, el compañero de su vida… No gozaba de simpatías entre la gente, era cierto. Su carácter era extraño y desabrido, pero un monstruo…

Y hoy, cuando esperaba el estallido, él había aceptado fría y serenamente su determinación. No había objetado nada. Se había limitado a decir aquellas duras y secas palabras:

—Está bien, Pam. Haz lo que creas conveniente. Pero te arrepentirás. Seguro que te arrepentirás… cuando sea ya demasiado tarde. Adiós, Pam. Adiós para siempre…

Y se había quedado mirándola fríamente, con un rostro raro, con una máscara de inexpresividad en aquella cara que ella tan bien conocía, y que en casos así acostumbraba a alterarse con violencia increíble…

Por eso escapó de la casa. Salió de allí, rabiosa, exasperada, dominando su decepción, su disgusto, e incluso su llanto. Porque no quería que él la viese enfurecida. Ni llorosa. No, eso no. Nunca. Y se fue. Se fue de la finca, rabiosamente, furiosamente. Sin quererse confesar a sí misma que, a pesar de todo, aún le quería.

Sólo que ahora ya no había remedio. Ninguno. No se iba a humillar ella. No tras lo sucedido. Hubiera estado dispuesta a perdonar el devaneo de Richard, su extraña relación con aquella

otra mujer, pero esto no. Aquel frío comportamiento, como si ya nada le interesara…

«No… —se dijo a sí misma, sin dejar de taconear enérgicamente, carretera adelante—. ¡Eso nunca!».

Y de súbito, otra vez detuvo su paso. Esta vez, sobrecogida.

Giró la cabeza, con rapidez, dominando del mejor modo posible su repentino terror. Notó que el corazón golpeaba con furia en su pecho, que sentía bullir la sangre en sus venas, pese a que un trío glacial se extendía por su cuerpo, hasta cosquillearle desagradablemente en la nuca.

Ahora *sí*. Había un ruido concreto tras ella.

Pisadas.

Pasos extraños, arrastrándose… Un deslizamiento cauteloso y que tenía algo de maligno y ominoso…

Y sin embargo… no vio a nadie.

Seguía estando sola en la carretera, bajo la lluvia, sintiendo el azote helado del viento sobre su rostro y pegando las ropas a su cuerpo entumecido por el frío, la humedad… y el miedo.

Nadie.

Pero… ¿y aquellas pisadas a su espalda? ¿Qué o quién las produjo? Porque estaba convencida de que no las imaginó. No había error esta vez. Captó esos pasos extraños, inquietantes, en pos de ella. Aquel ruido no lo produjo la lluvia ni las ráfagas de aire. Ni su propia aprensión tampoco.

La lluvia era fría, pero notaba una frialdad mayor en su piel, donde el agua se mezclaba a la transpiración helada. Sus rodillas temblaban, pero sus pies seguían impulsándola hacia delante. Siempre hacia el mismo punto en la negra noche: el parpadeo rojo del fluorescente del parador de carretera, más allá de la cortina de lluvia, más allá de las sombras amenazadoras que la rodeaban. Como un faro de esperanza perdido en un mar de misterio y de terror.

Pamela Graves no dudó ya. Echó a correr, decidida a todo. A huir, a alejarse de la oscura amenaza que no podía ver pero sí intuir. Ahora se arrepentía de muchas cosas: de haber ido allí este día, de haberse marchado de casa de Richard sola y sin un vehículo…

Sólo que va no era momento de lamentarse, sino de escapar, de

acelerar el paso hacia el parador, por si a sus espaldas había algún delincuente, algún merodeador. O lo que sería peor aún, alguno de aquellos sádicos de que hablaba la gente: hombres degenerados o enfermos, que buscaban mujeres indefensas en despoblado, para ultrajarlas… y asesinarlas después.

Mientras corría despavorida, a lo largo de la negra cinta de asfalto mojado, que era como un sombrío espejo estirado sobre la campiña, aguzaba el oído, tratando de escuchar algo, quizá para persuadirse a sí misma, cuando nada captara, de que todo era simple imaginación suya. Una jugarreta de su propio temor en una hosca tarde de lluvia.

Y así hubiera sido, de no sentir en alguna parte aquel extraño jadeo, aquel murmullo ronco e indefinible, aquel rastrear insidioso entre los arbustos, cada vez más cerca de ella…

Ya los ojos de Pamela se desorbitaban, mirando patéticamente hacia la distancia, a las luces rojas del parador, del que ya solamente la mitad del recorrido le separaba.

A sus espaldas, cerca, muy cerca, el escalofriante roce, la sensación cierta y terrible de que *alguien* la seguía, de que alguien estaba más y más cerca de ella por momentos, le iba llenando de horror, de una angustia que paralizaba en parte sus ágiles piernas, haciendo su carrera pesada y dificultosa, como cuando en una pesadilla trata uno de moverse, de correr, huyendo de un peligro atroz, y no puede moverse.

Pamela notó que se ahogaba, que estaba deseando estallar en sollozos para dar rienda suelta a su histerismo. Pero la propia tensión del momento, el esfuerzo físico, la crispación psíquica, le impidieron hacer otra cosa que respirar entrecortadamente, mientras corría, corría, corría…

Y, de pronto, el desastre.

Notó que sus tacones patinaban sobre el asfalto mojado. Trató de conservar el equilibrio. No le fue posible.

Se desplomó de bruces en el camino, su cuerpo dio vueltas hacia la cuneta. Un gemido de sobresalto, de dolor, y también de pánico, escapó de sus labios. Unos matorrales acogieron su cuerpo. Notó los arañazos de los ramajes en sus manos, en sus piernas y rostro.

Pero eso no era lo peor. Pamela, al caer, notó que se detenía en seco el roce maligno y reptante, el susurro indefinible de aquel ser

que iba en su persecución.

Contuvo el aliento, intentó no quejarse, ni moverse siquiera, tendida en el lugar donde estaba. El silencio a su alrededor era absoluto. Luego se rompió bruscamente, con un sonido espeluznante.

Corea de ella hubo un leve chapoteo en algunos charcos de agua de lluvia. Eran pasos cautelosos, lentos, precisos. Pasos que iban *hacia ella*.

Se incorporó, exasperada. Escapó de sus labios un grito de miedo, irreprimible. Su cabeza asomó entre los ramajes. Sus ojos miraron a la oscuridad, a la lluvia…

Chilló. Chilló despavorida, dominada por el púnico. Luego, una sensación de incredulidad terrible, asomó a sus ojos dilatados. Una expresión alucinada desfiguró sus bellas facciones.

Ante ella, una masa, una silueta, un cuerpo grande y oscuro tomaba forma paulatina. Se convertía en *algo*… o en *alguien*. Y se acercaba a ella, inexorable.

—No, no, Dios mío… —sollozó Pamela Graves con expresión demudada—. No es posible… ¡No es posible!

Luego, la forma negra se agrandó más aún, irguiéndose ante ella. Pareció cubrirla, envolverla en una masa de sombra palpitante y viva. La arropó en un contacto horrible, que hizo exhalar a la joven un largo, desgarrador alarido de angustia y de terror.

En la carretera, en el paraje solitario batido por el aguacero de la tarde, el grito de mujer se quebró súbitamente. Siguió un silencio profundo y dramático. El silencio que siempre anuncia la presencia de la Muerte…

En los negros charcos de lluvia, un reguero rojo y espeso empezó a enturbiar el agua. Era el rojo de la sangre humana, escapando de la destrozada garganta y del desgarrado seno de una mujer joven y hermosa, brutalmente sacrificada por un ser de pesadilla…

Unos bellos ojos azules, desorbitados, se clavaban en el negro cielo, como cuencas de vidrio carentes de vida. El terror supremo de la visión final, parecía haberse congelado en aquella mirada patética que ya nada podía ver en este mundo.

CAPÍTULO II

JOHNNY LOMAN apartó con firmeza, no exenta de suavidad, a su mujer. El musculoso brazo del dueño del parador impidió que Sarah Loman contemplase la horrible escena en la cuneta de la carretera.

—No, querida —dijo el hostelero roncamente—. Será mejor que no lo veas.

El sargento de policía asintió, pensativo, frotándose la ancha mandíbula. Estudió a la pareja, antes de volver a contemplar el cuerpo medio cubierto ya por una manta que protegía piadosamente el aspecto terrible del cadáver ensangrentado.

—Sí, señora. Su esposo tiene razón —admitió el policía—. No es un espectáculo agradable, créame.

—Pobre mujer… ¡Pobre mujer! —gimió entre dientes la esposa del hostelero.

—Ha sido realmente horrible —murmuró Johnny Loman, con gesto ensombrecido y la mirada sin poderla desviar del cuerpo tendido en el lugar—. ¿Cuándo pudo suceder, sargento?

—Eso lo dirá el forense con exactitud. Pero yo imagino que, al menos, llevará ahí doce o catorce horas. Debió ser durante la noche, acaso a primeras horas. La noche ha sido fría y llovió mucho. Eso hace que el *rigor mortis* no signifique gran cosa. Pero juraría que ya era de noche cuando fue atacada y muerta… ¿Dice que no la conoce en absoluto, señor Loman?

—En absoluto, sargento —negó el hostelero, sacudiendo la cabeza—. No debía vivir por aquí, o la hubiese visto alguna vez. Parecía una mujer hermosa y vestía con elegancia. Una persona así no es fácil de olvidar.

—¿Ni siquiera la recuerda como cliente ocasional de su parador?

—No, no la recuerdo de nada. Tal vez Sarah… si la viese…

—Sé que eso va a ser muy duro para su esposa, pero me temo que tendrá que ver a la muerta, por si puede identificarla. De todos

modos, haremos que sea en la Morgue… Allí estará más presentable, dentro de lo que cabe.

—Sí, sargento, gracias. Será mejor así…

—Dice usted que no debía ser vecina de estos alrededores —comentó el sargento de Homicidios, entre dientes, estudiando el cuerpo sin vida de la mujer tendida en la cuneta—. Sin embargo, caminaba a pie, bajo la lluvia, posiblemente de noche… Eso no es lógico, a menos que viniera de un lugar muy próximo. Por eso pensé en su parador.

—Pero ella no estuvo allí anoche. Tuve poca clientela, debido a la mala noche. Y nadie se parecía lo más mínimo a esa dama, ya se lo dije.

—Sí, lo sé. En ese caso, tuvo que venir de otro lugar cercano… —Miró a su alrededor—. Hay pocas casas en esta zona, por lo que veo… ¿De quién es aquella propiedad, tras el bosque?

—Oh, ¿ésa? —El hostelero miró hacia la residencia indicada por el policía—. Perteneció anteriormente a un tal Howard Matheson. Pero lo vendió a otra persona que habita allí desde hace poco tiempo…

—¿Sabe su nombre?

—Creo que se llama Graves… Sí, Graves. Un día me preguntó el cartero por él, ya que traía correspondencia a ese nombre. Nunca lo he visto por el parador, aunque sí he visto un coche que posiblemente sea el suyo. Pasa con bastante frecuencia. Es un «Oldsmobile» gris, modelo ranger.

—¿Vive solo?

—Que yo sepa no hay ninguna mujer en la finca, salvo la señora Oakley.

—¿Quién?

—La señora Oakley. Es la asistenta. Cuida y limpia la casa desde que llegó su nuevo dueño. Ya se ocupaba también antes, cuando Howard Matheson era su propietario… Ella siempre pasa con una motocicleta, cuando termina su tarea.

—¿No hay más vecinos en las cercanías?

—Bueno, está la residencia de los Graham. Pero dista más de una milla de este lugar, hacia el norte.

—Una milla no es mucha distancia para —un coche, una motocicleta… o simplemente una bicicleta, señor Loman.

—No, claro —señaló hacia el norte—. Hay un camino vecinal entre las arboledas. Conduce a la casa de los Graham.

—Los Graham… ¿Son un matrimonio, una familia…?

—Una familia. La anciana señora Graham, sus dos hijos… y ahora también un sobrino recién llegado.

—¿Los conoce usted?

—No mucho —sonrió enigmáticamente el dueño del parador de carretera—. Nadie conoce bien a la familia Graham, sargento.

—¿Qué quiere decir con eso, señor Loman?

—Bueno, es una familia rara…

—¿Rara? ¿En qué sentido? —El policía dio unos pasos, tomando por un brazo a Johnny Loman y apartándose del cadáver.

—En todos —suspiró el cantinero—. La vieja señora Graham es una mujer extraña, poco comunicativa, incluso algo excéntrica… Sus dos hijos se comportan de un modo raro, como si fuesen dos anormales o poco menos. A veces dan la impresión de que la vieja cuida de ellos, de que los controla para que no hagan nada malo. Jamás los vi ir sin ella, en su viejo coche negro, grande y destartalado, como un coche fúnebre.

—¿Y ese sobrino recién llegado?

—Otro familiar que estuvo siempre ausente… Dicen que viene de muy lejos, no sé de dónde exactamente. Ni sé a lo que habrá venido, pero reside en la casa de los Graham desde hace cosa de una semana.

—Una semana solamente, ¿eh? —El sargento sacudió la cabeza, reflexivo—. Tendré que hablar con los Graham. Y con el señor Graves, naturalmente. ¿Sabe si alguno de ellos tiene perros? Me refiero a perros lobos, pastores o de presa, ya me comprende. Una clase de animal capaz de despedazar con sus colmillos a una persona…

—Dios mío, ¿eso es lo que piensa? —Giró la cabeza, mirando al cadáver—. ¿Es que… pudo ser un perro?

—No lo sé. Pudo ser cualquier animal feroz: un perro, un lobo, una bestia cualquiera…

—Una bestia… —Repentinamente se estremeció Johnny Loman —. Dios mío, ya lo había olvidado por completo. Pero, claro, no puede ser…

—¿Qué es lo que *no puede* ser? —Le miró vivamente el

funcionario de la policía del norte de California—. ¿Qué ha olvidado usted, Loman?

—No, nada, sargento. Es una tontería… Una verdadera tontería, claro…

—No importa. Dígame lo que sea, por tonto que le parezca.

—Bueno, es que… suena tan infantil, sargento… —El hostelero parecía confuso, como avergonzado de mencionar algo así—. Todas las leyendas lo son.

—¿Leyendas?

—Sí, es algo que decían los leñadores de hace años, en toda esta región, y en la frontera con Oregon, sargento. Todos ellos hablaban de… de la leyenda de la Bestia…

—La leyenda de la Bestia…

* * *

—La leyenda de la Bestia… ¿Qué es eso exactamente, tía Glenda?

Glenda Graham se apoyó en su negro bastón de puño de plata, y paseó por la estancia, apartándose de las ventanas, medio veladas por los cortinajes adamascados. Sus pisadas sonaban blandamente en la espesa moqueta granate. Su levísima cojera, apenas si era perceptible allí, fuera del *parquet*, donde los tacones negros y planos sonaban huecamente.

—La leyenda… —Sacudió su canosa cabeza con aire cansado. Él rugoso rostro no reveló emoción alguna al mirar a su sobrino—. Todas las leyendas resultan ridículas, mi querido Darrel…

—Aun así, me gusta conocerlas —sonrió él—. Donde he estado estos años, las leyendas forman parte de la propia vida. A veces resulta muy difícil separar la realidad de lo imaginado. Vamos, tía Glenda, cuéntame…

La anciana vaciló. Los ojos grises aún tenían un frío brillo acerado, que hablaba de energía, de fortaleza, de lucidez mental.

—Yo nunca he creído en ello, Darrel —avisó la dama—. Es la historia más ridícula e imposible que oí jamás.

—Tal vez sea así —Darrel Graham señaló el periódico que acababa de dejar sobre la mesa—. Pero los periodistas hablan de ello ahora, con motivo de lo sucedido en la carretera… Y dicen que es obra de la Bestia…

—¡Qué absurdo! ¡Qué gran absurdo! —murmuró Glenda

Graham, sacudiendo la cabeza con disgusto—. Esos periodistas no saben qué inventar. Ni tampoco la policía, cuando se ve desorientada… Creo que deberían buscar a algún merodeador, o quizá uno de esos violentos jóvenes de hoy en día, capaces de dar rienda suelta a sus instintos, salvajemente, y dejarse de tonterías de leyendas y fantasías de otros tiempos…

—De todos modos, tía, me gustaría juzgar por mí mismo, conocer en qué se basa esa historia de la… la Bestia.

Siguió una pausa. Glenda Graham caminó hasta el hogar. Se detuvo ante él, y apoyó una mano en la superficie de mármol de la repisa, dirigiendo sus ojos al gran retrato del hombre de cabellos blancos, largas patillas y frondoso bigote, que aparecía sobre la chimenea. Mientras lo contemplaba, sus labios apenas si se movieron al comenzar a hablar:

—Hace mucho, muchísimo tiempo de ello. Era yo joven cuando oí por vez primera la historia de la Bestia de los bosques de pinos gigantescos. Los leñadores y tramperos del norte de California y de las serrerías del Oregon fueron siempre muy dados a tales leyendas. Desde gigantes a hadas y gnomos, toda una legión de seres fantásticos habitaban, según ellos, en lo profundo de los bosques, y a veces se llegaban hasta los lugares habitados para ayudar o perjudicar, según los casos, a los inofensivos habitantes de los poblados. Según esas tradiciones ingenuas, a veces ridículas y en ocasiones realmente terroríficas, querido sobrino, todo era posible en estos sitios, por mágico o sobrenatural que ello fuera. Y de este modo, sin duda alguna, surgió una leyenda más, la más pavorosa y desagradable de todas: la de la Bestia.

—Alguien me dijo que es parecida a la del hombre-lobo de Centroeuropa, tía Glenda…

—¿El hombre-lobo? —Glenda Graham miró pensativa a su sobrino. Meneó lentamente su canosa cabeza, con un gesto de singular escepticismo y sorpresa—. No, cielos. Te engañaron, Darrel. No tiene *nada* que ver con eso. En absoluto. Es… es infinitamente más fantástica e increíble.

—¿Seguro? —Enarcó Darrel las cejas. Su alta figura se movió por la estancia en penumbras, mientras sus agudos, penetrantes ojos acerados estudiaban a su anciana tía con interés y vivacidad—. ¿De qué se trata, exactamente? Empiezo a sentirme intrigado por tan

singular historia.

—Pronto sentirás decepción. Sencillamente, porque es *imposible*. Porque no pudo suceder nunca, y menos en nuestros días, Darrel.

—¿Tan inverosímil es? Recuerda que, aun en nuestros materialistas y prosaicos días actuales, sigue la gente creyendo en cosas fabulosas, como los visitantes de otros mundos y la posibilidad de que el hombre llegue a ser inmortal, invisible o producido en un laboratorio, en perfecta copia científica de la realidad.

—Aún con todo eso… la historia de la Bestia no entra en lo admisible, sobrino —suspiró ella cansadamente—. Nunca podría suceder, de modo que esos periodistas son unos necios, al pretender relacionar la historia con esa desdichada joven asesinada en la carretera.

—Me gustaría estar seguro de eso, tía Glenda.

—Vas a estarlo enseguida. En cuanto conozcas la leyenda, Darrel. Porque lo que en ella se cuenta es que la Bestia es, ni más ni menos, que…

* * *

—La Bestia… ¡Es ridículo, sargento!

—Si usted lo dice… Creo que conoce bien California, señor Graves…

Richard Graves, pálido pero sereno, vestido sobriamente con una chaqueta negra y un pantalón gris oscuro, arrojó con ira el arrugado periódico a una papelera. Alzó los ojos. Contempló fríamente a su interlocutor.

—No soy de esta región de California, sino de mucho más al sur, sargento. Exactamente de Los Ángeles. Pero me gusta conocer ciertas historias. Forma parte de mi trabajo. Y ésa es la más absurda que oí jamás.

—Yo no lo he escrito en los periódicos, señor Graves. Fueron los reporteros del *Sun*, en Eureka…

—Eureka es la ciudad más importante de esta región, sargento. Y esta región ha vivido durante décadas enteras inventando historias fantásticas. No tiene sentido, ni siquiera es serio o correcto relacionar lo de la pobre Pamela con… con esa estúpida historia de la Bestia.

—Es posible que tenga razón. Nosotros, los policías, no somos

partidarios de atribuir a personajes legendarios la comisión de delitos. Es un crimen, evidentemente. Alguien asesinó a su esposa. Y, según su declaración, señor Graves… ella acababa de salir de su finca cuando debió suceder.

—Es que no le veo otra explicación —se pasó una mano temblorosa por su ancha frente—. ¡Oh, Dios, si lo hubiera sabido entonces, si solo hubiese tenido la más leve sospecha de que ella podía correr peligro…!

—Usted no podía saber eso, señor Graves —le tranquilizó en vano el sargento Baxter, de la Brigada de Homicidios de Eureka, California—. Ésta es una región habitualmente tranquila, en especial en invierno. Nadie podía imaginar un hecho semejante, créame. Pero según me ha referido usted antes, su esposa se marchó airadamente de aquí, y se negó a que usted la condujera en coche a ninguna parte…

—Eso es —asintió tristemente Richard Graves—. Insistí, pero en vano. Echó a correr, y me gritó repetidamente que no fuese tras ella, porque sería inútil. Yo la conocía bien. Era muy obstinada. Pensé que era mejor dejar así las cosas. El autobús estaba cerca, y en todo caso, un paseo no podía causarle mal alguno. Antes al contrario, acaso aliviaría un poco su nerviosismo. Después, al observar que llovía con fuerza, salí para recogerla, pero ya no la vi en la parada del autobús y, comprobada la hora, me imaginé que habría tomado el de las ocho y media, marchándose definitivamente.

—¿Definitivamente, dice usted? —puntualizó agudamente el sargento Baxter, alzando su cabeza del bloc de notas donde apuntaba con rapidez los datos que iba obteniendo de su charla—. ¿En qué sentido exacto?

—En el que se desprende de ello —resopló con amargura Graves —. Pamela iba a pedir el divorcio. Era definitivo, dijo. No quería seguir a mí lado por más tiempo.

—Ya. ¿Motivos?

—Celos, sargento.

—¿Justificados o no?

—Sargento, es difícil explicarlo. Mi trabajo me hace relacionarme frecuentemente con mujeres. Con hermosas mujeres. Algunas de ellas me acompañan por razones profesionales. Otras,

deben ser atendidas por mí. Eso crea siempre celos en una esposa. Pamela creía que yo tenía romances amorosos. Especialmente con Audrey Nelson.

—¿Quién es Audrey Nelson?

—Mi secretaria. Una mujer eficiente, muy inteligente y práctica, pero por desgracia para mis relaciones con mi esposa, muy bella y atractiva. No podía imaginar que mi trato con ella sea sólo profesional.

—Y… ¿lo es, señor Graves?

—Por mi parte, le juro que sí. Lo que yo no puedo es responder de los posibles sentimientos de mi secretaria, que era lo que más hacía recelar a Pamela.

—Entiendo. Bien, señor Graves, perdone que le haga todas estas preguntas, pero es para llegar a alguna parte en lo relativo a su esposa. Es ella la que me intriga, no usted. Pensaba si podía haber alguien esperándola afuera, si alguna persona pudo seguirla…

—Imposible. La traje conmigo, en mi coche. Pensaba en la reconciliación. Pero fue imposible. Ella eligió la línea dura. Y se marchó airadamente. Hoy no puedo por menos de culparme de ello…

—Aparte de sí todo remordimiento, señor Graves. Lo sucedido es ajeno a usted por completo. Si se trata de un merodeador, su esposa fue elegida al azar como víctima. Si no… tendremos que ahondar más en ella y en sus relaciones con otras personas.

—Esta región le era poco conocida. Convivió conmigo aquí algún tiempo, pero no creo que se creara amistades. Ni siquiera los dueños del parador de camino la conocían.

—Es cierto. Hablé ya con ellos, señor Graves. No se explican lo ocurrido. Pero también nombraron a… a la Bestia.

—Ya —bajó la cabeza, con gesto irritado—. Es fácil buscar una explicación fantástica a todas las cosas. Pero ya le dije que no tiene sentido alguno. No pudo suceder lo que dice ese papanatas del periodicucho de Eureka.

—Estoy seguro que no —sonrió el sargento, sacudiendo comprensivo su ancha y pelirroja cabeza—. De todos modos… me gustaría conocer la historia de la famosa Bestia mitológica, señor Graves. Y usted creo que es… es una persona relacionada con la fantasía de nuestro tiempo…

—En efecto —tristemente asintió Graves, con una cierta expresión irónica en sus ojos muy azules y astutos—. Mi profesión es el cine, sargento. El mito de nuestra época.

—En el cine, evidentemente, hay abundancia de mujeres hermosas. Y una vida que, sin duda, podía despertar suspicacias en su esposa. ¿Pertenecía ella a ese mismo mundo?

—No. Rotundamente, no. Era ajena a todo eso. De ahí su incomprensión total del ambiente, de la forma de vida, de relación… Fue un error nuestro matrimonio, sargento. Pero me enamoré de ella… y eso me hizo obrar así.

—Muy comprensible, señor Graves. ¿Su cine es de diversión, de espectáculo?

—No siempre. Hago también filmes publicitarios. Se me ha propuesto el rodaje de películas porno, pero rechacé ese negocio, tan bueno como indigno. Sigo con mis películas para la televisión, algunas para salas cinematográficas, y los *spots* de la TV. Mi cine pudiera calificarse de «serie B». Ya sabe usted: películas de acción, fantasía, intriga, terror… Por eso dije que la historia de la Bestia entraba perfectamente en mis especialidades. Pero si rodase un guión semejante, nadie lo aceptaría… por absurdo, por disparatado. Eso le demuestra que la imaginación del vulgo es muy superior a la de un guionista de nuestra industria… e incluso a la de un público amante de sensaciones fuertes, por falsas que resulten.

—Sí, entiendo —el sargento hizo un rápido apunte taquigráfico en su bloc, antes de cambiar de tema—. Señor Graves… ¿usted adquirió esta finca hace mucho tiempo?

—Justamente hace ocho meses. La adquirí a un caballero llamado Matheson. —Lo sé: Howard Matheson. ¿Lo conocía de algo en particular?

—No, de nada. Él puso un anuncio, vendiendo la finca. Se publicó en los periódicos de Los Ángeles y de San Francisco. Acudí a verla y me gustó. La compré inmediatamente.

—¿Tan barata le pareció?

—Bueno, debo admitir que fue barata. Mucho más de lo que imaginé. Es una espléndida finca. Y en un lugar tranquilo… al menos hasta ahora —suspiró, añadiendo seguidamente—: El señor Matheson parecía muy deseoso de vender. Alegó que debía ausentarse al extranjero. Yo pensé que era sólo una excusa. Lo

cierto debía ser que necesitaba dinero al contado. Cobró la suma y se ausentó con rapidez, dejando todo aquí, con excepción de su simple equipaje y su coche.

—Sí, es obvio que le urgía mucho vender. ¿Tenía servicio doméstico?

—No. Es difícil hoy en día tener servicio, y más en California. Pero me dejó las señas de la señora Oakley, su asistenta, por si quería conservarla conmigo. La hice venir, y quede satisfecho de su trabajo y su discreto comportamiento. Es mi único servicio. Viene cada día por las mañanas, entre nueve y doce. Excepto los domingos, claro.

—¿Vive ella en las cercanías?

—Creo que sí. Al menos siempre usa una motocicleta para venir hasta aquí. Debe residir a dos o tres millas, supongo. Nunca se lo pregunté. Pero si desea sus señas, aún conservo la nota del señor Matheson, con su nombre, dirección y teléfono.

—Sí, por favor. Me gustaría hablar con ella, por si sabe de algo semejante sucedido antes de ahora.

—¿Sospecha usted que este crimen pudo no… *no ser* el primero? —se alarmó Graves, enarcando las cejas.

—Lo ignoro, señor Graves. Es sólo una posibilidad. Y quiero comprobarla. Lo realmente importante, no estriba en que sea o no el primero, sino en que… en que sí sea *el último*.

Los dos hombres se miraron largamente en silencio, sin hacer ningún otro comentarlo sobre los hechos. Por fin, Richard Graves inclinó la cabeza. Paseó hasta el porche que asomaba al amplio jardín, salpicado de palmeras y de macizos de flores. Las recientes lluvias habían dejado la tierra mojada, la vegetación húmeda y de un verde brillante, y algunos charcos en el sendero de grava que iba a unirse con la cinta de asfalto que partía del abierto garaje. El sargento descubrió dentro de éste el «Oldsmobile» gris, modelo ranger, que le citara Johnny Loman, el dueño del parador de carretera.

—El último —repitió lentamente Richard Graves, el productor cinematográfico—. Dios mío, sargento. Está hablando usted como… como si esto fuese una serie. Una horrible serie de asesinatos, de vidas en peligro…

—¿Cómo saber que no lo sea? Los sádicos asesinos abundan. En

todas partes, pero especialmente en nuestro país. Hoy tendré el resultado de la autopsia, en muy pocas horas. Tal vez eso nos aclare algo sobre el modo en que fue atacada su esposa, Graves. Pero para mí, la única «bestia» posible es un ser humano, enfermo mental sin duda, que ataca a mujeres en despoblado. Aún no sé si por simple aberración o por otras razones…

—Evidentemente, es la única explicación razonable. Triste, pero razonable, sargento. Nadie, en su sano juicio, hubiera deseado el menor daño para Pamela. Es un crimen sin el menor sentido.

El sargento Baxter echó a andar hacia el jardín, moviendo la cabeza. Pero ya en el sendero de grava, mientras sus zapatones chapoteaban en los charcos de lluvia, giró la cabeza, miró pensativo al dueño de la casa, y comentó a guisa de despedida:

—De cualquier modo, manténgase usted mismo alerta. Podría ser cierta la leyenda de la Bestia.

—¡No puede usted hablar en serio, sargento! —protestó vivamente Graves.

—Aunque no lo crea, es así. Hablo totalmente en serio. Usted tampoco me ha relatado esa leyenda. Johnny Loman sólo hizo alguna alusión a la misma. Espero que alguien se decida a ser más explícito. Si no creen en ello… ¿por qué a todos parece asustarles la idea de mencionarla?

Se alejó con paso calmoso, como sin prisas. Graves le miró, pareció a punto de hablar. Luego meneó la cabeza, regresando al interior de la casa. Y murmuró para sí, con un leve estremecimiento:

—La Bestia… Dios mío, no puede ser posible… ¡*No puede ser*!

Pero instintivamente sus ojos se dirigieron a un punto de su gabinete donde un reflejo del sol nublado, filtrándose entre los cortinajes, hacía brillar extrañamente unos ojos de vidrio de color rojizo. Unos ojos que, sin embargo, nada reflejaban, porque eran sólo cuentas de vidrio en una figurilla situada encima de una repisa.

Una figurilla de extraña, atroz fealdad. En cuya peana o soporte de madera se leía sobre una pequeña placa de plata el nombre grabado:

«LA BESTIA DE LOS BOSQUES DEL NORTE DE CALIFORNIA»

Richard Graves, repentinamente, parecía sentir miedo de algo. Sus ojos no se apartaban de las dos cuentas de rojo vidrio que eran los ojos de aquella abominable figura…

CAPÍTULO III

—SÍ, señora Graham. Yo soy Cynthia Parrish, la doncella que ustedes esperaban.

—De modo que es usted… —Ceñuda, Glenda Graham estudió a la recién llegada con evidente gesto de sorpresa—. Vaya, no se parece a las demás doncellas que he tenido, señorita Parrish.

—¿No? —La joven mostróse perpleja—. ¿En qué sentido, señora?

—No sé… Es usted tan joven, tan atractiva, tan… En fin, no parece una doncella, si he de serle sincera.

—Puedo mostrarle mis referencias, mis cartas de presentación, mis informes y los de la agencia que me ha enviado a usted, señora —argumentó la joven de cabellos oscuros, ojos pardos y boca carnosa—. Puede examinar todo ello, antes de decidir…

Puso en manos de la vieja dama una serie de documentos que la señora Graham estudió por encima. Luego los depositó sobre una mesita, con aire de ambigüedad.

—Los estudiaré después con más calma —admitió—. De momento, está aceptada en casa. Me urge mucho su servicio, señorita Parrish. Especialmente, por mis hijos. Creo que, como solicitaba, tendrá usted nociones de enfermera…

—Estudié para enfermera antes de dedicarme al servicio doméstico —asintió ella—. El ambiente de los hospitales me deprimía los nervios, de ahí el cambio, señora Graham. Pero sé cuidar enfermos, poner inyecciones y cuanto sea preciso. ¿Acaso está usted…?

—¿Enferma? Oh, no, no —negó, rotunda, la anciana—. Yo, no. Es mi hijo mayor, Adam. Sufre crisis frecuentes, y agudos dolores de cabeza. Algo psíquico, creo. Pero no lo bastante para ser internado. Mi hijo menor tampoco goza de buena salud, pero él no creo que la necesite. Sin embargo, guárdese de él. Le atraen mucho las faldas. Y

llega a ponerse desagradable, si le dan pie para ello.

—No se preocupe, señora —respondió con cierta sequedad la joven—. La coquetería o el juego amoroso, no cuentan entre mis especialidades.

—Mejor —la escudriñó, pensativa—. Decididamente, usted no es una doncella vulgar, señorita Parrish… Bien, desde ahora la llamaré Cynthia. Es más fácil para mí, si no le importa.

—En absoluto, señora —replicó ella—. Si precisa aclarar algo más sobre mí, tiene entre esos documentos la tarjeta de la agencia. Ellos la informarán de cuanto precise.

—Sí, supongo que sí. Parece usted una joven muy eficiente. Le deseo suerte en su nuevo empleo. Si necesita algo ahora, como dinero a cuenta de su salario…

—No, nada, señora. Tengo mis ahorros, gracias. Sólo deseo conocer mis obligaciones y servicios. Empezaré inmediatamente.

—Perfecto. Vaya al fondo de la terraza. Verá una puerta pequeña. Da acceso al ala de servicio. Preséntese a Desmond. Es nuestro mayordomo y cocinero, todo en una pieza. Él sabe lo que ha de asignarle de tarea. Le parecerá un poco seco, pero es buen hombre. Ustedes dos serán todo nuestro servicio y…

Se interrumpió, ya cuando estaba en la puerta de acceso a la terraza alta de la residencia. La puerta opuesta se había abierto y en ella aparecían dos hombres.

—Tía Glenda, este caballero desea hablar contigo, y a ser posible también con Adam y con Trevor… —Sonó la fuerte, varonil voz de su sobrino Darrel—. Es el sargento Baxter, de la Brigada de Homicidios de Eureka.

La señora Graham se estremeció ostensiblemente, aunque su rostro siguió mostrando aquella serena frialdad que presidía todos sus actos y gestos. Giró la canosa cabeza. Su figura alta, enlutada, caminó hacia los recién llegados, apoyada en el negro bastón, acentuada ligeramente su cojera por el *parquet* del suelo.

—¿A qué se debe la presencia de la policía en mi casa, sargento? —preguntó con cierta aspereza, clavando sus grises ojos en el rostro ancho y saludable del policía de la ciudad, trasladado a la región boscosa, al sur de Eureka, entre extensiones agrícolas, grandes pinos y propiedades ganaderas, paisaje predilecto de los veraneantes que no gustaban del mar ni las playas, pero sí del aire seco y sano de las

montañas cercanas.

—Al crimen de la carretera, señora Graham —explicó con franqueza el funcionario policial—. Creo que conocerá ya los hechos…

—Los conozco —replicó secamente ella—. En estos lugares las noticias corren como reguero de pólvora, sargento. Pero no veo qué pueda tener yo que ver en eso. Vivimos a más de una milla de donde sucedió…

—Eso les convierte en vecinos de un área que he fijado en cosa de tres millas a la redonda, señora —explicó Baxter cortésmente—. A eso se debe que yo esté ahora aquí.

—Imagino que no seremos sospechosos de nada…

—Tía, por favor, vas demasiado deprisa —sonrió Darrel, su sobrino, que había fijado la vista curiosamente en la recién llegada doncella de los Graham—. El sargento sólo busca datos sobre la víctima, sobre su posible relación con personas de esta región…

—Yo no conocía de nada a esa dama —objetó Glenda Graham.

—A mucha gente le sucedía igual —suspiró el sargento Baxter—. Pero debo seguir buscando. Pudo haber alguien que viera algo, que conozca a otros vecinos entre los cuales pudiera haber un… un enfermo mental, un sádico capaz de… de hacer lo que hizo con Pamela Graves.

—¿Es que ha sucedido algo grave? —se interesó Cynthia Parrish, interviniendo por vez primera en la conversación.

—Sí, señorita —afirmó el sargento—. ¿Es que no lo sabe? Ayer mataron a una mujer solitaria en la carretera, cerca del parador.

—Dios mío… —Los ojos de la joven revelaron sobresalto y temor.

—¿Cómo no lo sabía? ¿No es usted de aquí, tal vez? —insistió el policía.

—Acaba de llegar, sargento —explicó la señora Graham de mala gana—. Es nuestra nueva doncella. Cynthia, vaya en busca de Desmond. Esto no la concierne.

—Sí, señora.

Cynthia miró al sargento, luego sus pardos ojos se cruzaron con las pupilas gris metal de Darrel Graham y, tras una vacilación, se alejó por la terraza, en dirección al ala de servicio.

—Es una joven muy bonita y llamativa —ponderó el sargento.

—Ya lo he observado —la señora Graham le estudió, irónica—. ¿Le gusta cortejar a las doncellas de buen ver?

—Soy casado, señora, y tengo tres hijos —carraspeó el oficial de policía, enrojeciendo—. Sólo pensaba en ella como posible riesgo.

—¿Riesgo? —Era Darrel quien preguntaba ahora, con viveza—. ¿A qué se refiere, exactamente?

—Sólo a eso, señor Graham —se volvió el policía al joven Darrel —. Una mujer ha muerto asesinada en esta región de Fortuna. Esa mujer es Pamela Graves, esposa del productor de cine Richard Graves. Tengo el informe de la autopsia en mi poder, desde hace una hora, y en él se dice que la señora Graves fue atacada por alguien que le destrozó garganta y pecho con algo muy parecido a unas garras o fauces de animal, hasta arrancarle la vida con grandes desgarros. No existe violación. Tampoco hay huella alguna de pelo de animal sobre el cadáver. Se suponía que era la primera víctima del brutal agresor. Pero acabo de recibir un telegrama que quizá sea significativo y que da a estos hechos un cariz nuevo y sorprendente, señores. Les ruego lo lean, antes de responder a mis preguntas.

Y ante el silencio preocupado de la señora Graham y su sobrino, el sargento Baxter extrajo de su bolsillo un sobre de la *Western Union* que tendió a Darrel. Éste lo abrió, leyendo en voz alta el despacho telegráfico:

—«Informes comprobados señalan muerte señora Ana Matheson, esposa de Howard Matheson, anterior dueño de la finca de Graves, hace un año en Mad River, más al sur de cabo Mendocino, norte de California, a cincuenta y cinco millas de Eureka. Falleció brutalmente destrozada por algún animal no identificado, en una oscura noche lluviosa. El asunto no llegó a aclararse. Firmado: Charles Barrow, Departamento Central de Policía, San Francisco».

Alzó la cabeza Darrel, al terminar la lectura. La señora Graham escuchaba en silencio, sin que emoción alguna alterase su gesto tenso. El sargento suspiró, asintiendo con la cabeza al recuperar el telegrama.

—Ya vieron —comentó—. Es el segundo crimen en el plazo de un año. Ambos de igual forma, distanciados por más de cincuenta millas. Pero iguales en muchos aspectos uno al otro: noche de lluvia, destrozos por animal no identificado… ¿Qué les parece a ustedes?

—No sé qué pensar —comentó Darrel—. Sólo se me ocurre pensar en… en algún animal escapado de las montañas durante el invierno. Acaso el hambre, el olor a un ser humano, exacerba su ferocidad…

—No. En ningún caso *devoró* a su víctima ni siquiera lo más mínimo. Se limitó a verter su sangre, a destrozar con ensañamiento. A mí se me ha ocurrido pensar que puede haber peligro para las mujeres… Aquí, o en cualquier punto de la región. Y eso me hizo pensar en… en la Bestia.

—¡La Bestia! —repitió la señora Graham. Y soltó una agria carcajada—. Por favor, sargento, eso es ridículo. No puede decir eso en serio…

—No lo pensé seriamente hasta ahora. Todo coincide, ¿no les parece? Darrel Graham, inesperadamente, apoyó las palabras del policía:

—Sí. Todo coincide, sargento. Absolutamente todo. Empiezo a sentir preocupación… e incluso miedo.

—¿Miedo? ¿Usted? —se asombró el policía, contemplándola perplejo, en tanto su lía dirigía a él una rápida ojeada de inquietud y sobresalto—. ¿Por qué motivo, señor Graham? Tengo entendido que acaba de llegar a este país, procedente de muy lejos…

—De Oriente, para ser exactos, sargento —afirmó Darrel gravemente—. He recorrido muchos países asiáticos. Pero en ninguno me encontré con algo extraño y sorprendente como aquí, a mí regreso. Soy escritor y, como tal, reúno para mis libros y artículos cuanto de interés puedo hallar. No podía imaginar que aquí, en California, en pleno siglo Veinte… hubiera algo capaz de aterrorizar, de hacer temer lo peor.

—Darrel, querido, creo que el sargento y tú desvariáis —reprochó secamente la señora Graham—. Esa historia es el mayor disparate que jamás oí. Solamente los tontos ingenuos de hace cincuenta o sesenta años podían creerla.

—Señora Graham, en tal caso… ¿podría sugerirme algún animal capaz de causar ese destrozo… sin dejar huellas de su saliva, de su pelaje, de sus patas en un suelo mojado? —contraatacó vivamente el sargento, clavando sus ojos en la anciana señora de la casa.

—No. Ni me importa. Es tarea suya, sargento —se mostró ella seca, casi áspera—. Pero supongo que todo ha de tener una

explicación.

—La Bestia lo explicaría todo, tía Glenda —dijo con ironía, no exenta de cierto aire sombrío, su sobrino Darrel, mirando distraído al vacío, como si en él pudiera adivinar una posible explicación de los hechos.

—Ustedes pueden creer en fantasmas y en estupideces —cortó ella agriamente, iniciando la retirada de la habitación—. Yo, no.

Iba a salir, cuando en alguna parte de la casa sonó un largo, terrible alarido. Era como el bramido de una fiera herida, como el aullido de agonía o de dolor de una bestia cazada en una trampa mortal.

—¿Eh? ¿Qué es eso? —jadeó el sargento Baxter, palideciendo, y tomando su revólver reglamentario con presteza, de la funda situada debajo de su axila izquierda.

—¡Adam, hijo mío! ¡Adam! ¡Va voy, ya voy a ti! —gritó inesperadamente la señora Graham, mientras su sobrino Darrel fruncía el ceño y, junto con el sargento Baxter, intentaba ir en pos de su tía.

Ahora ella, pese a su cojera y su bastón, corría presurosa por la terraza, en dirección a alguna parte de la grande y vieja casa de los Graham.

* * *

Adam Graham se retorcía, echando espumarajos por la boca, lívido, desencajado, sus ojos desorbitados desagradablemente, sujeto por las anchas correas de cuero a la cama.

Esta crujía con fuerza bajo sus esfuerzos titánicos, inhumanos. Pero nada lograba el paciente, y sus afanes sólo le permitían sufrir la mordedura del cuero en la carne, y que el sudor corriera copioso sobre su blanco rostro convulso.

Aunque la señora Graham cerró rápidamente la puerta, y se precipitó hacia el lecho de Adam, ayudada por el alto y fornido Desmond, su mayordomo, que también acudiera a los gritos desgarradores y casi inhumanos, el sargento Baxter llegó a tiempo de ver la terrible escena del dormitorio, la figura crispada de aquel joven atado a su lecho por anchas correas de cuero, como un enfermo mental en un sanatorio para casos agudos de demencia.

—¿Qué significa…? —masculló, tratando de abrir la puerta, al tiempo que al otro lado sonaba el chasquido brusco de un cerrojo al

ajustarse.

—Por favor, sargento, espere —le rogó Darrel, con voz serena, poniendo una mano en su brazo firmemente—. No trate de entrar ahí. No ahora. Sería peor.

—¿Peor? ¿Para quién? —Trató de saber abruptamente el policía.

—Para todos. Especialmente para mi primo Adam.

—¿Su primo? —arrugó el ceño Baxter. Señaló a la puerta cerrada—. ¿Es uno de los hijos de la señora Graham?

—Sí, el mayor. Está enfermo.

—Yo diría que está loco. Y perdone, señor Graham.

—La locura es también una enfermedad, sargento —observó secamente Darrel.

—En ese caso, que lo recluyan. Aquí puede ser un peligro…

—Yo no dije que él estuviera loco. Sólo dije que la locura es una enfermedad, como lo es la epilepsia. Adam es un epiléptico, un enfermo psíquico. No está loco. Le han tratado varios especialistas. Recluido, empeora aún más. Debe estar aquí, ser cuidado por su madre. Sufre crisis espaciadas. La mayor parte del tiempo está en calma. Y es siempre inofensivo.

—No lo parecía ahora…

—Tal vez ahora, en libertad, no fuese tan inofensivo —admitió Darrel—. Pero sus crisis siempre se notan de antemano. Tienen indicios claros, y tía Glenda toma precauciones para evitar lo peor.

—Y esas crisis… ¿cuánto duran?

—Depende. No menos de un par de días. No más de tres o cuatro. Pero cada día, sólo en dos ocasiones o tres se muestra tan excitado, tan violento. Luego se calma con los sedantes, especialmente con Librium, en dosis ya marcadas por el psiquiatra… Es un desdichado caso clínico, sargento.

—Ya veo. ¿Y su otro hermano?

—Trevor creció enfermizo, triste, débil. Pero eso es todo. Vive dócilmente pegado a su madre, carece de carácter. Es introvertido, callado, hermético. Jamás protesta por nada. Pero tampoco eso es normal, lo sé. Mi familia, sargento, no resulta divertida. No es culpa de tía Glenda, sino de su difunto esposo. Parece que adquirió una enfermedad venérea antes de nacer los chicos, y la ocultó a su esposa. Tía Glenda jamás se lo perdonó.

Ni siquiera al morir él. Considera que las anormalidades de sus

hijos fueron su culpa. Y acaso tenga razón.

—Y usted… ¿pertenece directamente a los Graham? Se le ve muy fuerte, muy saludable, muy diferente a todos ellos…

—Lo soy —sonrió Darrel—. No soy un Graham sino de apellido. Mi madre enviudó cuando yo había nacido, y se casó en segundas nupcias con el hermano de Frank Graham, esposo de tía Glenda. Él quiso darme su apellido por cuestiones de herencia, y mi madre aceptó, al comprender que, de otro modo, mis derechos serían discutidos por Frank y Glenda Graham, si algo les sucedía a ellos en sus viajes. Mi padre adoptivo era arqueólogo. Mi madre le ayudaba. Viajaban mucho. Desgraciadamente, uno de sus viajes les resultó fatal. El avión en que viajaban se hundió en el mar. No sobrevivieron. Yo heredé a mi padre. Ahora ya ve que tía Glenda y yo nos tratamos afectuosamente. No era así por aquel entonces. Ella… ella quería todo para sí y sus hijos. También tío Frank lo deseaba así. Pero legalmente, no tenían derecho alguno. Mi padre adoptivo me legó todo a mí, si mi madre faltaba también. Y yo he heredado sus afanes viajeros, junto con su fortuna personal. Sólo que no me gusta la arqueología, sino escribir libros y artículos periodísticos. Es la única diferencia.

—Señor Graham, y si algo le sucediera a usted ahora, ¿quién heredaría sus bienes? —quiso saber el sargento Baxter.

—Naturalmente, mi tía Glenda y mis primos —sonrió Darrel—. Pero no he pensado en que eso ocurra.

—Pues tenga cuidado —silabeó el policía, retrocediendo, ceñudo, su mirada fija en la puerta cerrada, tras la cual gimoteaba y sollozaba alguien—. Yo no me fiaría mucho de ellos. Ni de esta casa. Ni siquiera de esta región…

Salió a la terraza, seguido por Darrel, que parecía reflexionar sobre lo que dijera el policía. En ese momento, vieron ambos a la nueva doncella, parada en medio de la terraza, con su uniforme a medio poner, el rostro demudado, la mirada fija en la puerta por la que salían ellos.

—Dios mío, oí gritos, alaridos o algo así… —comentó con voz ahogada—. ¿Qué era eso? ¿Algún animal herido, una persona en peligro…?

—No, señorita. Solamente un enfermo —rezongó Baxter, malhumorado—. Una persona de esta casa, a quien usted tendrá

que cuidar. No envidio su puesto aquí, puede creerme. Y le digo lo mismo que a Darrel Graham: tenga cuidado. Mucho cuidado, jovencita…

Se alejó con aire malhumorado, agitándose su gabardina al aire frío y húmedo de la tarde. Darrel se quedó atrás. Cambió su mirada con la de la muchacha.

—¿A qué se refería el sargento cuando dijo esto? —quiso saber la nueva doncella, con expresión perpleja.

—Bueno, parece que esta región no le resulta muy tranquilizadora al buen sargento. Pero no debe usted asustarse demasiado. No está sola aquí. Cuidaremos de usted. Lo que quizá quiere decir ese hombre con su advertencia, es que no deberá arriesgarse sola por los bosques o senderos, especialmente de noche… y con lluvia.

—¿Tan peligroso resultaría? —Los ojos de ella brillaron, sorprendidos. Darrel observó que no aparecía en ella síntoma alguno de temor o de inquietud.

—Posiblemente sí —se encogió de hombros el joven sobrino de la señora Graham—. Tenga en cuenta que son ya dos las personas muertas por un extraño criminal de sanguinarios y feroces instintos, del que no sabemos aún si es hombre o animal. Y en ambos casos… la víctima fue una mujer.

—Cielos… —Ella bajó los ojos, impresionada sin duda alguna, aunque todavía dueña de sí misma y de sus emociones—. Resulta… resulta realmente terrible imaginarse algo así, en un sitio tan apacible como éste. Parece que nunca pudiera suceder nada semejante, señor Graham…

—Las apariencias, a veces, engañan —la mirada de Darrel se deslizó, evasiva, por la campiña verde oscura, salpicada de grandes manchas oscuras formadas por los boscajes de altos pinos—. Parece ser que, hasta hace muy poco, esto era realmente tranquilo. De repente, han empezado a ocurrir cosas. Cosas poco claras, la verdad. Y la gente empieza a tener miedo…

—Sí, lo entiendo —Cynthia Parrish siguió la dirección de su mirada, pensativa. Luego movió la cabeza—. Parece que he elegido mal momento para venir en busca de trabajo aquí.

—El riesgo existe, ciertamente —la contempló preocupado—. Pero trate de no arriesgarse tontamente. No salga sola después de

oscurecer. Que yo sepa, durante el día no ha sucedido nada.

—Pero… pero tenga en cuenta que mi trabajo es doméstico, señor Graham. Si su tía, usted mismo o cualquier otro miembro de la familia me ordena ir a algún sitio durante la tarde o la noche, no tengo más remedio que obedecer.

—Procuraré que eso no ocurra. Si se presenta el caso, venga a verme primero y consúlteme. Yo veré de resolver el problema de otro modo, procurándole compañía o… impidiendo que vaya.

—Gracias, señor Graham —le miró fijamente ella—. Es usted muy bueno.

—Nada de eso —sonrió Darrel—. Es que no me gustaría que le ocurriese nada. Ni a usted ni a nadie, señorita Parrish. Ahora, puede ir a sus tareas. No Se alarme demasiado si, en otras ocasiones, oye gritos parecidos. Es mi primo Adam. Sufre epilepsia y es un pobre psicópata. Usted entenderá de eso si, como creo, ha sido enfermera.

—Sé lo que es —los ojos de ella se nublaron al afirmar—. Y no resulta agradable ni fácil cuidar de un enfermo así.

—Lo sé. Pero ésas son las taras de mis parientes. Mi otro primo, Trevor, sólo es un taciturno introvertido, callado hasta la exasperación. Ambos son inofensivos, pero usted sabe que la epilepsia presenta a veces formas violentas de crisis. Está atado a su lecho durante las épocas en que se siente peor…

—¿Atado? —Abrió mucho Cynthia Parrish sus bonitos ojos pardos—. ¡Pero eso es inhumano!

—Ha de hacerse, forzosamente —suspiró Darrel—. En esas crisis, podría atacar a alguien. Incluso se torna peligroso… Pero las crisis son muy espaciadas. Y duran poco tiempo…

—Ya entiendo. Esas crisis… ¿se presentan en determinados momentos, como las noches de luna, por ejemplo? Es lo habitual en los epilépticos, señor Graham.

—No, señorita Parrish —meneó negativamente la cabeza Darrel, frunciendo el ceño, con mirada preocupada, al señalar lentamente —: A Adam, esas crisis se le presentan… en días de lluvia.

CAPÍTULO IV

LA señora Oakley agitó su mano hacia el parador del camino, tras cuyos cristales agitó su brazo también, en saludo amistoso, la esposa de Johnny Loman. Arriba, en el tejado del parador, Johnny Loman se ocupaba al parecer en reparar alguna avería del rojo luminoso de su local, y ni siquiera giró la cabeza al oírla pasar, embebido en su tarea.

La asistenta de Richard Graves había terminado tarde aquel día, y ahora tendría que ir deprisa, si quería llegar a tiempo a sus compras, antes de que le cerrasen los establecimientos del cercano pueblo. En aquella época del año anochecía pronto, y ya a las cinco y media de la tarde oscurecía con rapidez. Pronto necesitarían los Loman su luminoso parpadeante, para llamar la atención de los escasos viajeros de aquella carretera, de ahí sus prisas evidentes por reparar el reclamo comercial.

Nunca había terminado tan tarde, pero lo cierto es que tampoco nunca había empezado su tarea a la una de la tarde. Los funerales por Pamela Graves hablan tenido la culpa de todo. La señora Oakley consideró que, pese a lo poco que aún conocía a su patrón, era de rigor asistir al oficio religioso por la pobre difunta, víctima del horrible crimen. Y así lo había hecho. Richard Grates en persona le había agradecido con voz conmovida aquel detalle, cuando llegó a hacer su limpieza habitual en la casa.

El viudo estaba muy impresionado por la tragedia. La señora Oakley creía conocer a la gente, y estaba segura de que era así. No importaba que en otras ocasiones hubiera visto a la hermosa señorita Nelson en la casa. Parecía que toda la relación entre ambos se limitaba a la profesional entre secretaria y jefe. O cuando menos, es lo que habían aparentado siempre ante ella, aunque la señora Oakley no se fiaba demasiado de los hombres y sus artimañas. De cualquier modo, ahora parecía otro el señor Graves. El impacto del

trágico fin de su mujer le había dejado honda huella.

—No se marche hoy, señora Oakley, si no quiere —le había dicho Graves, al terminar la tarea, tras mirar por las ventanas de la casa al exterior—. Está oscureciendo y va a llover bastante esta noche. Viajando sola, no debería arriesgarse a…

—¡Bah, tonterías, señor Graves! —había rechazado ella con su rudeza habitual—. He hecho estos viajes durante toda mi vida, sin que nada me sucediera. Yo soy una mujer fuerte y bastante entrada en años. Ningún criminal morboso me atacaría, se lo aseguro.

—Es que aún no es seguro que se trate de… ningún criminal morboso, señora.

—Bueno, yo me digo que eso tiene que ser, señor Graves —insistió ella—. Esa paparrucha que mencionó el sargento, lo de la Bestia, es sólo un cuento chico para bobos. Esas cosas las hacen los hombres, no los animales. Y menos los de esta región. En toda mi vida vi un lobo por esos alrededores, se lo juro.

—Está bien, señora Oakley, pero en casa hay suficientes habitaciones, y podría usted quedarse aquí por esta noche.

—Gracias, señor Graves, pero no hay nada que pueda asustar a Hattie Oakley, se lo aseguro —rió fuertemente la mujer, encaminándose a por su motocicleta, vieja y destartalada, que siempre dejaba en el porche—. Buenas tardes, y hasta mañana.

—Hasta mañana, señora Oakley —había despedido Richard Graves, contemplándola con aire preocupado.

Y ella había emprendido su camino habitual, carretera abajo, en busca de la bifurcación que la condujese al cercano pueblo para hacer sus compras, antes de ir a casa.

El parador de los Loman quedó atrás, oculto por los árboles y el recodo del sendero. Se desvió de la carretera en el cruce, emprendiendo viaje por un ancho sendero desigual, que conducía al pueblo inmediato, Trinity. La oscuridad caía con rapidez. Y los pronósticos de Richard Graves comenzaron a cumplirse. Lloviznaba ligeramente, resonando las gotas en el metal desconchado de la carrocería de su vieja motocicleta.

Aceleró todo lo posible, por llegar antes. Tanto por ganar tiempo como por no mojarse, pese a que su pañuelo, anudado a la cabeza, la protegía en parte de la lluvia.

El paraje aparecía totalmente solitario, como era costumbre en

esa época del año y a tales horas. Miró al cercano bosque de altos pinos. Sabía que a espaldas de ese bosque se extendía una zona pantanosa, de aguas procedentes del río Mad, que formaban con el blando suelo fangoso un punto peligroso de recorrer, al que rara vez se aproximaban los habitantes de la localidad. No era fácil hundirse en él, pero sí abundaba en reptiles, insectos y aguas infectadas. Sólo los leñadores, en época de tala, se aventuraban por esa sombría región, rodeada de gigantescos pinos.

La señora Oakley frunció el ceño al pensar en ello. Alguien había hablado de la leyenda de la Bestia. Aquel tonto policía de Eureka, reclamado para ayudar al *sheriff* local, demasiado inepto para un problema semejante. Sí, el sargento de Homicidios mencionó a la Bestia.

Era ridículo, pero ahora la señora Oakley recordó que la leyenda procedía precisamente de esos pantanos donde, según la fábula, habitaba la Bestia, siempre dispuesta a volver a la vida…

Sacudió la cabeza con escepticismo. No sentía miedo alguno. Ni de aquella bestia ni de ninguna otra. Pero menos aún de los cuentos que la gente hacía circular.

Aquello no dejaba de ser un viejo romance sin sentido, y nada más.

De repente, se le detuvo la moto.

Hattie Oakley lanzó una imprecación. Comenzó a ponerla en marcha nuevamente. La motocicleta se resistió. No se movía. Irritada, contempló el indicador de su depósito de gasolina.

Estaba vacío.

Miró atrás. Al sendero que recorriera. Aunque ya estaba muy oscuro, alcanzó a ver el largo reguero de gotas aceitosas en la tierra. Había ido perdiendo combustible durante el viaje. Tocó el depósito y retiró la mano mojada de gasolina, con una sorda imprecación.

—Y ahora… ¿qué diablos voy a hacer? —se lamentó, dando una patada inútil a su viejo medio de locomoción—. ¿Cómo pudo agrietarse el depósito, sin que yo me diera cuenta? Parece cosa del demonio, maldita sea.

Pero no había mucho que pudiera hacer en ese momento. Tomó la máquina con una mano y echó a andar resignadamente, llevándola junto a sí, para cubrir la distancia que aún le faltaba por recorrer, al paso de sus fuertes piernas.

Tendría que recorrer así más de una milla, y eso la irritaba, entre otras cosas porque llegaría al pueblo con los comercios ya cerrados. Lo único que podría hacer es intentar que le soldaran en el taller aquella grieta, que pusieran de nuevo combustible e intentar llegar a su casa a una hora razonable.

Para colmo de desdichas, la lluvia arreciaba ahora con mayor intensidad. Hattie Oakley aceleró su zancada, haciéndola también más larga, en tanto su pañuelo empezaba a mojarse sobre su cabeza.

En el paraje desierto, ni un sonido, salvo el triste repiqueteo de la lluvia y el crujir del suelo bajo sus zapatones, que pronto se fue amortiguando al reblandecerse la tierra con el agua.

Por vez primera, la señora Oakley miró preocupada hacia el cercano, amenazadoramente cercano bosque de altos pinos. Se estremeció, sin saber la causa, al pensar en el sombrío pantano de aguas estancadas, mosquitos y reptiles repulsivos.

La Bestia…

Recordó la ridícula leyenda de finales de siglo. La historia de horror, transmitido de padres a hijos en el norte de California y la divisoria con Oregon. Algo que hoy en día parecía lejano y estúpido, que no tenía el menor sentido.

Y sin embargo…

Sin embargo, la señora Oakley, que jamás supo lo que era el miedo, aceleró más aún su marcha, sin llegar a correr por culpa de su motocicleta, cuando creyó sentir un reptar extraño entre la arboleda cercana.

No miró atrás, limitándose a contemplar el suelo, sus zapatones, que pisaban el terreno, cada vez más mojado. Ahora, el único ruido perceptible era el de la lluvia, el rodar de su inútil vehículo… y *aquello* otro.

El ruido procedía del bosque. O quizá de más cerca, no hubiera podido saberlo. Pero de repente se había dado cuenta de que la oscuridad era muy grande, y el susurro aquél, como el deslizamiento de algo sinuoso por el suelo, continuaba, cada vez más cerca de ella.

Tragó saliva. Ni siquiera veía por dónde caminaba. Tuvo una idea repentina. La batería de su motocicleta sí estaba cargada, al menos por el momento. Conectó la luz del débil foco delantero y,

mientras la motocicleta rodaba, proyectó algo de luz en el sendero.

Alrededor de ella, esa claridad agrandó y distendió las sombras, haciéndolas bailotear en un juego fantástico. La señora Oakley dilató sus ojos cuando a sus espaldas hubo una especie de balbuceo que se iba convirtiendo lentamente en un sordo, ronco bramido.

Ahora ya no había duda alguna.

La seguían. Alguien… o *algo*… la seguía. Emitía raros sonidos, se deslizaba por tierra, cada vez más cerca de ella…

Su mano vaciló. Se le desprendió la moto, que rodó por el sendero ruidosamente, y su luz, por un solo instante, reveló *aquello* que, de repente, saltaba ante ella, cerrándole el paso por el camino.

Un grito de terror inhumano escapó de labios de la señora Oakley. En aquel par de cortos segundos que duró la luz del faro antes de apagarse, ella pudo darse cuenta de que tenía ante sí al horror viviente que siempre rechazó su razón.

Unos ojos sanguinolentos, brillantes y malignos, se fijaban en ella. Un cuerpo frío y viscoso se apostaba en la carretera, palpitante y horrendo. Un ser de pesadilla, del que escapaba un raro estertor, un jadeo siniestro y horrible.

—¡No, no! —aulló Hattie Oakley, despavorida—. ¡No es posible!…

Y echó a correr como perseguida por el diablo. Intentando hundirse en las sombras, escapar a aquella terrorífica presencia del infierno. Pero la criatura tenía mucha más sensibilidad y rapidez que ella, incluso en la oscuridad.

De repente, una forma cayó sobre ella. Un helado, pegajoso contacto, se estableció con su rostro, con sus manos crispadas por el pánico. Un nuevo alarido de horror escapó de su boca.

Aquella forma viva, palpitante, que emitía sonidos roncos y guturales, la derribó en tierra. Pataleó Hattie Oakley, sintiendo el infinito pavor que la sola presencia, el roce de aquella masa increíble le producía. Pero todo era inútil. La fuerza, el poder de su agresor era infinitamente mayor que cuanto ella pudiera extraer de su sólido cuerpo.

Algo escamoso y repugnante rozaba su faz. Un hedor insoportable, a aguas corrompidas, a un cuerpo hediondo, la envolvió de modo repugnante. En vano forcejeó la mujer, tratando de evadirse.

Un momento después, un contacto punzante llegaba a su garganta, a su seno. Forcejeó de nuevo, luchando por desasirse. No logró nada. Por el contrario, aquellas punzadas se hicieron incisiones profundas. El dolor la aturdió a punto de desvanecerla. Algo cálido y tumultuoso escapó de sus heridas profundas en garganta y pecho.

Luego, como si esa sangre derramada excitara hasta el paroxismo la ferocidad de su siniestro atacante, la punción se hizo desgarro brutal, feroz. Estalló Hattie Oakley en un chillido atroz de agonía, que ahogó la sangre.

Su cuello, su seno, su cuerpo todo, se cubrió de rojo, cuando las fauces del monstruo comenzaron a desgarrar huesos, carne y tendones, en un destrozo horripilante y mortífero.

* * *

El *sheriff* de Trinity, Steve Robson, se inclinó, estudiando las huellas de motocicleta, casi borradas por la lluvia, en el borde de la carretera.

—Evidentemente, la señora Loman tiene razón —apuntó en voz alta—. Ella pasó por aquí.

—¡Claro que tengo razón! —protestó Sarah Loman con énfasis —. Aún no había oscurecido totalmente cuando la vi pasar. Saludó, como hacía muchas veces, y yo le respondí. Luego dobló el recodo, seguramente en dirección al cruce. Iba muy deprisa.

—¿Observó si alguien viajaba tras ella, si algún otro vehículo pasó después de que usted viera a la señora Oakley en su motocicleta? —quiso saber el sargento Baxter, con gesto ensombrecido.

—No, no pasó absolutamente nadie —rechazó la señora Loman —. Eran más de las cinco de la tarde, y muy pronto empezó a llover. Yo permanecí cosa de cuatro o cinco minutos mirando a la carretera. No teníamos a nadie en el local, y mi marido había abandonado sus champiñones de la bodega y estaba arriba, reparando el luminoso, que se nos estropeó por la mañana. Puedo asegurarle que no vi pasar vehículo ni persona alguna en pos de la señora Oakley.

—Sí, lo suponía, pero valía la pena estar seguro de ello —suspiró Baxter, con un rostro en el que se leía claramente la impresión producida por la nueva tragedia. Se volvió al dueño del parador,

que permanecía callado, taciturno, reclinado contra el *pinball* del rincón de su negocio—. Y usted, señor Loman, ¿vio pasar a la señora Oakley?

—No, no la vi. Estaba preocupado con la reparación, y no giré la cabeza, pero oí el ruido de la motocicleta, e imaginé que era ella. Me sorprendió un poco, ya que nunca pasaba a esa hora por aquí, para mí, en ese momento, lo más importante era el luminoso. Llevaba tiempo intentando hallar la causa de la avería. Y aún tardé en dar con ella. Pero poco después de las seis ya estaba luciendo de nuevo. Tuve que servirme de una lámpara eléctrica para terminar a conciencia la tarea. Tengo una, para cuando cultivo mis champiñones en la bodega. Ya estaba muy oscuro entonces.

—Y llovía.

—Sí, diablos. Llovía con bastante fuerza cuando bajé del tejado. Casi estuve a punto de resbalar y caer —resopló Loman. Meneó la cabeza, ceñudo—. Imagino lo que va a preguntarme, sargento. No vi nada. Ni oí nada. Pese a mí posición en lo alto de la casa, por el lugar que usted ha citado, me hubiera sido imposible ver cosa alguna, ni siquiera en pleno día. El recodo y el bosque próximo impiden la visión de ese sendero que va a Trinity.

—Eso es cierto, sargento —corroboró el *sheriff* Robson, acercándose a ellos. Sacudió la cabeza, con gesto demudado—. Pobre señora Oakley… Jamás hizo daño a nadie. Y ahora…

Todos guardaron silencio. La señora Loman se estremeció y caminó despacio hacia el mostrador de su negocio. Todos la oyeron murmurar:

—¿Hasta cuándo, Dios mío? ¿Qué está ocurriendo aquí?

Johnny Loman, nerviosamente, parecía fascinado por las curvas femeninas de una chica dibujada en el tablero de vidrio luminoso de la máquina de *pinball*. Afuera, aún lloviznaba ligeramente. Soplaba un aire que hacía crujir las vidrieras del parador, de tarde en tarde.

Baxter lanzó un resoplido, cerrando su bloc de notas. Echó a andar hacia la puerta, seguido por la mirada de Johnny Loman y del *sheriff* Robson.

—Y ahora, sargento, ¿qué va a hacer? —quiso saber el representante de la ley en Trinity.

—¿Ahora? —Baxter se volvió a él, ceñudo—. ¿Qué puedo hacer,

sino volver a empezar? Otra vez Richard Graves, luego los Graham… y esperemos que no vuelva a empezar cuando maten a la próxima.

—¿La próxima? —Dio un respingo la señora Loman, sobresaltada. Se quedó mirando con mudo horror a Baxter—. ¿Es que… teme que haya… otra mujer?

—¿Por qué no? —suspiró el sargento, malhumorado—. Ana Matheson murió a cincuenta millas de aquí, hace un año. Fue el primer hecho conocido. Luego, es Pamela Graves quien cae. Y ahora, Hattie Oakley. No sólo mujeres jóvenes y hermosas, sino también uña madura mujer de servicio doméstico… No lo entiendo. No puedo comprender qué clase de animal ataca… ni por qué.

—¿Animal? —dudó Johnny Loman, saliendo de su abstracción. Miró con tristeza al policía—. ¿Está seguro de eso, sargento? ¿Es, realmente, un animal?

—Tiene que serlo —apretó Baxter los labios—. Si hubiera visto el destrozo… Algo terrible. Loman. Un ensañamiento carnicero. No creo que haya arma capaz de producir tales desgarros en un ser humano.

—Pero una fiera suelta… carece de sentido —rechazó Loman—. La hubiéramos visto, sargento, estoy seguro. Alguien hubiese detectado su presencia. Hay perros por aquí. Y cazadores expertos. Alguien sabría o sospecharía algo… Ni siquiera hemos visto lobos en muchos años, salvo cuando hay alguna rara nevada y viene alguno de los montes del Norte…

—¿Qué otra cosa me puede sugerir usted, Loman? —indagó Baxter, escéptico.

—No sé… Tal vez un animal, sí. Pero domesticado por alguien —sugirió el cantinero.

—Es toda una posibilidad —los ojos del sargento brillaron—. Un asesino domesticado para matar. Adiestrado para el crimen, por un enfermo mental, por un sádico que odia a las mujeres, por ejemplo. Y que gusta de matar con lluvia, cuando oscurece… No es ninguna tontería. Loman. ¿Cómo se le ocurrió eso?

—No sé, sargento. Yo no entiendo de estas cosas, pero se me hace difícil imaginar a… a una fiera en libertad, ya se lo dije. Y si no pudo ser un hombre, fingiendo el ataque de una bestia…

—La Bestia… ¡La Bestia, Johnny! —Era su mujer quien hablaba

ahora, con ojos dilatados.

—¿Eh? —Loman se volvió a ella, sobresaltado—. ¿Qué quieres decir, Sarah?

—¿Por qué no pudo ser… la Bestia? —jadeó ella—. Eso explicaría tantas cosas…

—Por Dios, no puedes creer en eso, Sarah —protestó su marido —. Es una simple leyenda. Habría que creer en lo sobrenatural para imaginarse que una criatura así… pudiese existir… y atacar a los humanos, ¿no te das cuenta?

—Pero… pero es que todo coincide, Johnny —insistió ella—. La lluvia, la oscuridad, las mujeres solitarias… ¡Todo!

—Puede ser simple coincidencia. O deliberado propósito de alguien, interesado en que creamos en la existencia de esa fábula, para ocultar la culpabilidad de una persona —rechazó con aplastante lógica su esposo.

—Yo creo que no —gimió Sarah, mirando con terror repentino hacia el exterior de su negocio—. Creo que no, Johnny… y tengo miedo. Tengo mucho miedo… No me dejes sola ningún día, al menos por ahora…

—Pero, Sarah, sabes que eso es imposible. Hay días en que tengo que ir al pueblo a por cosas. O llevar encargos…

—Por favor, Johnny, haz eso cuando tenga gente aquí… O cerramos el parador y me iré contigo —suplicó Sarah.

—Está bien —suspiró su marido, caminando hacia ella, preocupado el gesto—. Será ruinoso para el negocio, pero se hará como deseas. No tienes nada que temer, querida. No te dejes dominar por los nervios, por el histerismo. Se hará como dices… aunque la historia de la Bestia… no puede ser cierta.

Baxter iba a comentar algo, cuando la puerta del parador se abrió. Afuera, había detenido un coche *beige*, matriculado en Los Ángeles. Un hombre alto, recio, de cabellos rizosos y rostro anguloso, aparecía en la puerta, mirando curiosamente a todos los presentes.

—Buenos días —dijo—. Quisiera tomar un café y unas tostadas con mantequilla, por favor.

—Sí, enseguida —se apresuró a asentir Johnny Loman, encaminándose al mostrador—. Luego, miró curiosamente al recién llegado. —Eh, si no me equivoco nos conocemos, señor…

—Matheson —dijo el hombre, afirmando con la cabeza—. Howard Matheson, sí. Nos conocemos de antes. Yo vendí mi finca al señor Graves… Pero he vuelto para recoger algo que dejé en ella al marcharme. Es una pequeña figurilla que necesito. Estaré poco por aquí.

El sargento Baxter le miró fijamente, con curiosidad. Estudió de soslayo el coche *beige*, lleno de polvo y salpicaduras de barro.

Matheson se encaminaba al mostrador para tomar su café con tostadas. El anterior dueño de la propiedad de Graves caminaba con recio paso, haciendo crujir las tarimas del local.

—Señor Matheson —dijo inesperadamente Baxter a su espalda —. ¿Sabe usted que dos mujeres, una de ellas la señora Graves, han muerto últimamente aquí… del mismo modo que murió su esposa hace un año, en la ribera del río Mad?

Sucedió algo inesperado. Howard Matheson se volvió bruscamente, con el rostro mortalmente pálido. Miró incrédulo al sargento de policía de Eureka, abrió su boca, como para decir algo, y luego, pesadamente, se derrumbó en el suelo, inconsciente, no sin antes emitir unas pocas e incoherentes palabras que parecían sin sentido:

—Entonces… la figurilla… ya no estará allí…

CAPÍTULO V

—CIERTO. LA figurilla… ya no está aquí.

Y Richard Graves tenía el rostro lívido como el de un cadáver al decir esas sencillas palabras. Sus manos temblaban ostensiblemente al llevar un cigarrillo a sus labios.

Glenn Baxter, sargento de Homicidios, contempló al dueño de la casa con el ceño fruncido. Luego, miró de soslayo a Howard Matheson, el anterior propietario. Su aspecto ya no era tan inquietante. Se mostraba firme y hasta con buen color. La crisis del parador de carretera había pasado.

—Lo temía —jadeó Matheson—. Lo temía…

Y sus ojos se clavaban en el estante donde se apreciaba un hueco en la situación simétrica de las figuras decorativas. Un hueco donde, al parecer, había estado la figurilla que Matheson volvió a buscar.

Graves paseó por la estancia, en silencio, la cabeza hundida entre los hombros, la barbilla contra el pecho. Parecía no querer mirar hacia el hueco en el estante. Aplastó el cigarrillo en un cenicero de vidrio. Respiró hondo, sumido en unos pensamientos que acaso él mismo pretendía rechazar.

Baxter se acercó a la repisa. Sus ojos observaron la leve huella, sobre una fina película de polvo. La señora Oakley limpiaba bien. Pero en la planta baja entraba siempre arenilla del exterior, y más en días de fuerte aire.

Era una forma rectangular. El soporte de algo: la figurilla que faltaba…

—Bien, señores —habló bruscamente, volviéndose a los dos hombres, al dueño actual y al anterior de la finca donde pinos y palmeras se mezclaban en rara combinación, rodeando el edificio y su largo porche—. Creo que va siendo hora de hablar claro. Muy claro.

—Hablar… ¿de qué? —se interesó Graves, con aire evasivo, sin mirarle.

—Sí, ¿de qué, sargento? —Corroboró secamente Matheson, acercándose a él despacio.

—De la figurilla, por supuesto.

Los dos hombres se miraron. Graves sacudió la cabeza con desaliento.

—La figurilla… Ciclos, no es posible, sargento. No pudo suceder…

—No soy yo quien lo dijo, sino el señor Matheson.

—Fue al enterarme de… de lo sucedido —explicó Matheson a Graves—. Mi corazón funciona mal hace tiempo. La impresión me produjo un colapso. Nada serio. Llevo encima mis tabletas para pasos así, señor Graves. Creo que entonces se me ocurrió la idea de… de que esa historia pudiera ser cierta.

—No puede serlo —rechazó Graves. Miró al hueco—. Alguien debió llevársela. Tal vez la propia señora Oakley. O quizá la rompió y ocultó sus trozos.

—No, señor Graves —rechazó Matheson—. Esa figurilla no es quebradiza. Está hecha de un extraño material. Duro, pero flexible. Y no se rompe. Se me cayó dos veces, sin sufrir lo más mínimo…

—Bien, de cualquier modo… se la llevaron. No cabe otra explicación.

—¿No? —Baxter se acercó a ellos—. Entonces, ¿por qué habló de eso, señor Matheson? ¿Qué es lo que pensó usted, al saber lo sucedido?

—Fue… fue una locura. Imaginé cosas imposibles, absurdas. La influencia de la leyenda, de esas muertes violentas…

—Conozco en parte la leyenda. Pero no su relación con esas figurillas. Señor Graves, ¿su estatuilla representaba, quizá, a… a una criatura extraña, mitad hombre, mitad reptil? ¿Un horrible anfibio escamoso, de rostro de pez y extremidades membranosas?

—Sí… —Se estremeció Graves, eludiendo su mirada.

—Y de ojos rojos, como sanguinolentos… —Remachó el policía.

—¡Sí, sí! —se excitó el productor cinematográfico—. Usted mismo debió verlo cuando estuvo aquí a preguntarme cosas la primera vez…

—No, no me Fijé en ello. Yo entonces no buscaba figurillas, sino

a un asesino. Y no acababa de creer en leyendas.

—¿Y ahora? —se interesó Matheson, sorprendido.

—Ahora es diferente. Son demasiadas coincidencias. Supongo que esa figurilla representaba, ni más ni menos… que a la Bestia de la leyenda, ¿no es cierto?

Howard Matheson bajó la cabeza. Su respuesta monosilábica apenas fue audible:

—Sí…

—De modo que es eso. Nada de una fiera vulgar y corriente. Ni siquiera un licántropo —suspiró Baxter—. Algo mucho más inverosímil y fantástico: un reptil humano. Un anfibio monstruoso… Dicen que hay criaturas así en los grandes bosques del río Mad. Especialmente en los pantanos ribereños… Reptiles humanos que acechan en los días de lluvia, cuando salen de las aguas estancadas y se mueven bajo la lluvia, en la tierra mojada… La Bestia está ahí. Puede ser una sola… o docenas de ellas. Un pueblo anfibio, hecho de horribles hombres-reptiles, ¿no es cierto? Mitad peces, mitad humanoides… Con grandes bocas repletas de erizados incisivos, como una piraña o un pez-tigre… Ésa es la clase de «bestia» de que habla la leyenda, señores.

—Es cierto —asintió Matheson—. Dicen que existió, cuando menos, a fines del pasado siglo…

—Conozco parte de osa leyenda —asintió Baxter—. Y también dicen que un científico de entonces, un hombre a quien todos tomaron por loco, se aventuró en la marisma, más allá del bosque de pinos gigantes. Según la voz popular, se enfrentó a las criaturas con un arma desconocida y logró petrificarlas y reducirlas de tamaño, dejándolas ocultas para siempre bajo las aguas, de donde nunca más saldrían para atacar a los viajeros solitarios, en días de lluvia.

—La leyenda añade algo más que muy pocos conocen —suspiró Howard Matheson, con expresión contraída, la mirada fija en el vacío de la repisa—. Años más tarde, un mestizo encontró las figurillas en una charca del pantano y las extrajo, vendiéndolas como chucherías por pueblos y ciudades. Le bastó hacerles un soporte o pedestal e inscribir allí su nombre: *La Bestia de los Bosques de Pinos Gigantes del Norte de California*. Parece ser que las vendió fácilmente, dejándolas en diferentes sitios.

—Eso es una tontería —rechazó Graves, con voz seca—. Simple superstición, Matheson.

—Tal vez lo sea —el antiguo dueño de la casa se encogió de hombros—. Pero dicen que esas figurillas seguirían siendo siempre lo que eran ya: simples cuerpecillos reducidos y petrificados, carentes de vida y de movimiento…

—En tal caso, ¿a qué vienen esos temores? —protestó Graves—. Una figurilla de ese tamaño no puede dañar a nadie. Ni puede tomar vida mágicamente.

—Espere aún —cortó Matheson, alzando un brazo—. Hay una última parte de la leyenda, que me fue relatada hace tiempo, aunque entonces no le concedí el menor crédito. Graves.

—Dígame cuál es —se interesó vivamente el sargento de Homicidios.

—La que habla del… del profesor que logró el prodigio científico de dominar a los hombres-reptiles de la marisma. Ese hombre parece ser que, en su tarea de vencer científicamente a las horribles criaturas, fue contaminado por alguna extraña dolencia, un virus o bacteria que existía en las aguas estancadas de la llamada Laguna Escondida, la zona de los pantanos del Mad River. Empezó a sentirse enfermo algún tiempo después… hasta que observó que su cuerpo todo se empezaba a cubrir de escamas, y sus facciones se deformaron horriblemente, al tiempo que entre sus dedos empezaba a crecer una especie de membrana que los unía.

—¿Quiere decir… quiere decir que el científico… estaba convirtiéndose en un hombre-reptil, después de haber vencido a esa monstruosa especie? —inquirió Baxter, muy serio.

—Es lo que él pensó. Se trató por los medios científicos que él dominaba, y los síntomas inquietantes desaparecieron. Se sintió va seguro… hasta que otro día, inesperadamente, volvió a descubrir el fenómeno, repitiéndose punto por punto, pero a mucha mayor velocidad.

—Ciclos… —Graves tragó saliva—. Sí hago yo escribir eso a uno de mis guionistas, el público y la crítica se nos echan encima, por filmar una estupidez intolerable.

—Yo no digo que sea cierto, Graves —protestó Matheson, serio su gesto—. Pero a veces la vida oculta misterios que ningún guionista, por imaginativo que sea, admitiría fácilmente como

posibles.

—No importa que sea cierto o no, Matheson —le interrumpió Baxter—. Siga, por favor, con esa parte del relato. ¿Qué sucedió entonces?

—El científico se aterrorizó. Comprendió qué, pese a cuánto intentara, había sufrido una inoculación del virus o mal que convertía a ciertos seres en hombres-reptiles o anfibios humanoides de las marismas. Antes de que la metamorfosis, ya inexorable, se hiciese total, comprendiendo el caos que provocaría en los demás, al ser dominada su mente por la nueva personalidad monstruosa que iba adquiriendo, con su último resquicio de lucidez procedió a la única solución factible para evitar lo peor: se quitó la vida.

Hubo un corto silencio. Baxter escuchaba como si en vez de estar asistiendo al relato de una simple fantasía popular, Matheson fuese el absoluto oráculo de la verdad. Pese a su escepticismo, Graves tenía el rostro pálido y desencajado, sin dejar de escuchar también la extraordinaria historia.

—El suicidio del científico contaminado por el «mal de los pantanos escondidos», pudo haber sido el fin de una horrible historia digna de un Stevenson o un Allan Poe. Pero, según me dijeron, más que un final, fue el principio de algo peor… Porque al infortunado se le olvidó algo realmente terrible en esos momentos. Se dice que en su último estertor, desorbitó los ojos, miró a las personas que, horrorizadas, habían acudido al escuchar el ruido de un disparo sobre su corazón, y que en ese momento, cuando las huellas todas de su mutación —escamas, rostro de pez y extremidades membranosas— desaparecían con la muerte, el científico dijo solamente dos palabras, al exhalar el último suspiro. Esas palabras suyas eran: «Mi… hijo».

—¿Tenía un hijo? —vaciló Baxter, con un sudor frío en su frente, al comprender adónde iba a parar Matheson con su historia, si es que ésta era realmente cierta.

—Lo peor es que aún no lo tenía, pero iba a tenerlo —resopló Howard Matheson roncamente—. Su esposa dio a luz un par de meses más tarde, creyendo que su desdichado esposo, cuyo suicidio se atribuyó a una simple depresión nerviosa, motivada por su exceso de trabajo, había lamentado, al morir, no llegar a conocer al hijo esperado. Pero mucho es de temer que no fuera precisamente

ése el temor del suicida, sino la convicción postrera de que, al engendrar un descendiente, forzosamente ese hijo habría sido también inoculado por el «mal de los pantanos». En suma: habría engendrado un hijo condenado a ser algún día… un hombre-reptil, un anfibio monstruoso y cruel…

Al parecer, era el fin de la horrible historia. El final de la leyenda inverosímil. Matheson inclinó la cabeza, ensombrecido su rostro. Graves farfulló algo entre dientes, enjugando el sudor de su frente con un pañuelo. Baxter se limitó a pasear por la estancia, con la frente surcada de arrugas y los ojos llenos de preocupación.

—¿Se sabe el nombre de ese científico? —preguntó.

—Sí. Meredith Lord —explicó secamente Matheson.

—Ya. ¿Y el hijo…?

—Jason Lord. Pero nadie sabe dónde pueda estar ahora…

—Al menos, se sabrá su edad exacta…

—Hay muchas dudas sobre las fechas reales de los hechos. Podríamos decir que Jason Lord estaría ahora entre los treinta y los cuarenta años, en todo caso. Pero no hay nada que rechace la posibilidad de que sea algo mayor. Todas las leyendas resultan oscuras a veces. Además…

—¿Qué?

—Además, podría darse el caso de que Jason Lord no representara tantos años, dada su especial naturaleza. Como humano, dicen que no envejece igual que los demás, sino mucho más lentamente…

—Según esa ridícula historia, Jason Lord podría ser el monstruoso asesino de esta región, Matheson —apuntó Graves, escéptico—. En suma: la Bestia que ha cometido ya tres asesinatos. El de mi mujer, uno de ellos. Pero yo no puedo creer esa historia.

—Sin embargo, la estatuilla no está —hizo notar Matheson—. Y todo hace suponer que era una de las que ese científico obtuvo, al petrificar y reducir a una criatura de los pantanos…

—Aunque así fuese, caballeros… ¿qué significaría su desaparición, en todo caso? —quiso saber el sargento—. ¿Tal vez Jason Lord se sentiría atraído por ella, hasta el punto de hurtarla?

—No es eso —negó rotundamente Matheson, con mirada sombría—. Lo cierto es que, según la leyenda… el hombre contaminado con ese mal, puede reactivar a cada una de esas

criaturas por medios que nadie conoce, insuflándoles una nueva forma de vida… y agigantando nuevamente su figura hasta dimensiones naturales. En tal caso, de ser cierto… todas y cada una de esas figurillas dispersas por el país… serían ahora anfibios en potencia. Tendríamos no uno, sino muchos reptiles humanoides prestos a destrozar a sus víctimas, en día de lluvia, cuando pudieran deslizarse por los terrenos mojados…

En ese momento, afuera retumbó un lejano trueno, que puso un escalofrío en la piel de los tres hombres. El ciclo se oscurecía por momentos, y algunas gruesas gotas de lluvia tamborilearon en el porche, en los arbustos y frondas, como una ominosa premonición de muerte y de terror.

—Cielos, empieza a llover… —jadeó Graves, estremecido.

Afuera, rodaba un automóvil, acercándose a la casa. Un deportivo rojo, descapotable, se detuvo bajo una marquesina del edificio, y una figura impresionante de mujer, con ceñidos pantalones amarillos y una llamativa blusa azul oscura, desabotonada en parte, saltó del vehículo, acercándose jovialmente a la casa con un saludo alegre:

—¡Eh, Richard! ¡Richard, soy yo! ¿Es que no hay nadie en casa?

—Dios… —jadeó Richard Graves—. Lo que faltaba… Es mi secretaria… Audrey Nelson…

* * *

Parecía anonadada.

Sentada en un sillón, con la rubia cabeza abatida sobre su respetable pecho, las piernas extendidas, dibujando el pantalón amarillo la forma turgente de sus pantorrillas y muslos, aquella explosiva y sensual criatura parecía la imagen misma del estupor, de la incredulidad y… ¿por qué no sospecharlo?… también, quizá del miedo.

Richard Graves la contemplaba en silencio, mordiéndose el labio inferior, acaso fingiendo no recorrer con sus ojos las mórbidas curvas de la hembra. Baxter se decía a sí mismo, mientras contemplaba también a la rubia secretaria del productor de Hollywood, qué clase de «relación profesional» sería realmente la que tuvo Graves con aquella bomba rubia, en vida de su esposa.

Pero eso ahora no contaba. Inicialmente, había llegado a alimentar la sospecha de que la muerte de Pamela Graves pudiera

ser obra de su esposo, a causa del inevitable triángulo pasional formado por los Graves y la rubia Audrey Nelson.

Ahora, pensaba de modo diferente. Quería ser realista, pisar en firme y no dejarse llevar por las nubes. Pero las evidencias, casualidades e indicios empezaban a ser aplastantes. ¿Quizá porque, realmente, existía la llamada Bestia del norte de California?

Ya no sabía qué pensar. Ahora estudiaba a la hermosa secretaria de Graves, anonadada por el relato de las muertes violentas de dos mujeres que ella conocía: Pamela y la señora Oakley.

Si para ella había sido alguna vez un obstáculo la esposa de Richard, no parecía demasiado feliz, ahora que sabía que no existía ese obstáculo. La información había hecho en ella el efecto de un demoledor mazazo.

—Dios mío… —la oyó murmurar, tras un prolongado silencio—. Dios mío… No puedo imaginarlo. Es superior a mis fuerzas… Pamela… y esa pobre señora… ¿Por qué, cielos, por qué, Richard?

—Si lo supiéramos, Audrey. —Se encogió de hombros Graves, ensombrecido—. El sargento tampoco está muy seguro de lo que está ocurriendo. Hay teorías, pero resultan… difíciles de aceptar.

—¿Qué teorías? —se apresuró a interrogar ella, con sobresalto —. ¿Algún maníaco, un loco homicida quizá? ¿O… o alguien que dirige a un animal feroz contra la gente?

—Hemos estudiado esas dos posibilidades, señorita Nelson —suspiró Baxter, acercándose a ella y haciendo esfuerzos poderosos por mirar solamente a su bonito rostro, y no a sus formas anatómicas—. Y también una tercera.

—¿Tantas? —se sorprendió ella, clavando sus claros ojos en él.

—Aun así, estamos dando palos de ciego, señorita Nelson. Y esta región sigue siendo muy peligrosa. Especialmente en días de lluvia, cuando oscurece.

—¿Por qué precisamente entonces?

—El criminal tiene especial predilección por esas circunstancias —se encogió de hombros el sargento de Homicidios—. Usted ha llegado en mal momento. Cae la tarde, está lloviendo y parece que vamos a tener temporal esta noche. Yo, en su lugar, no me movería ya de aquí por esta noche. No se arriesgue por esos caminos con su coche hasta que llegue el nuevo día, créame.

—Pero… no estaría bien compartir la casa con Richard,

habiendo muerto su esposa… —musitó ella, tras cambiar una mirada con Graves—. No creo que nadie lo viese bien, sargento.

—Es posible. Pero la vida está por encima de cualquier prestigio personal o comadreo de pueblo, créame. Voy a telegrafiar hoy pidiendo unos agentes armados a Eureka, pero llegarán mañana, como mínimo. Los situaré de servicio en esta región, o para acompañar y vigilar a las mujeres que aquí viven. Sería mejor, por todo eso, que esperase usted a mañana. Es un consejo que espero acepte.

—Lo siento —negó ella—. No puedo. Debo irme esta misma noche. Richard comprenderá…

—Comprendo, Audrey. Pero el sargento tiene razón. Es peligroso.

—Por lo que me contáis, las dos mujeres iban a pie cuando fueron víctimas del ataque asesino. Yo tengo un coche. Y muy potente. Si acelero, difícilmente me alcanzará nadie. Y no pienso admitir a nadie que haga autostop.

—No se trata sólo de eso. La motocicleta de la señora Oakley perdía gasolina. Por eso tuvo que caminar. Hemos examinado ese vehículo. Tenía un roto en el depósito de combustible. Pero sospecho que fue provocado.

—¿Provocado? —Se alteró Graves—. No me había dicho nada de eso, sargento.

—Lo siento. Tengo tantas cosas en la cabeza…

—De todos modos, piense que sólo aquí estuvo su motocicleta, hasta que ella se marchó. Eso significaría, forzosamente, que… que el culpable entró en mi propiedad.

—Sí, pudiera ser. A menos que ya estuviera dentro. —Baxter le miró, muy fijo.

—¿Qué quiere decir? —Graves mostróse ofendido y dolido—. ¿Sospecha acaso de mí o…?

—No, no sospecho de usted. Si fuera así, se lo diría francamente —agitó una mano el policía, enérgicamente—. Graves, estaba hablando de la otra posibilidad, la que usted sabe. Recordaba una figurilla desaparecida… Quizá realmente, tuvo usted al enemigo dentro de su casa, sin saberlo. Y de algún modo, desgarró el metal viejo y abollado de la motocicleta de la señora Oakley… lo justo para provocar su detención en plena carretera.

—Pero… pero ¿de veras cree usted en esa fantástica posibilidad, sargento?

—¿Por qué no? —se exasperó Baxter—. Todo coincide, maldita sea. Todo se explica así, y por el contrario, nada tiene explicación, de otro modo. Estoy esperando ahora el resultado de la nueva autopsia, y entonces quizá pueda decirle algo más concreto… si se descubre en el cadáver de la señora Oakley lo que yo espero.

—¿Qué quiere decir, sargento? —Se intrigó Audrey Nelson, inquieta—. Parecen hablar de algo oscuro, prohibido para mí…

—Será mejor que no lo sepa, hasta estar seguros de algo, señorita Nelson —resopló el policía—. Como dijo el señor Graves, es demasiado fantástico para creerlo fácilmente.

En ese momento, el timbre del teléfono interrumpió al sargento. Graves alzó el auricular, preguntando. Inmediatamente, asintió, tendiendo el aparato al policía.

—Es para usted —dijo—. Desde Eureka… Del Departamento de Policía de la ciudad…

—Gracias —el sargento tomó el teléfono—. Sí, aquí Baxter. ¿Qué hay,

O'Rourke?

Sí, sí, escucho. Lo leeré cuando vaya. Pero dime a grandes rasgos lo que dice…

Tras una pausa, durante la cual el rostro de Baxter sufrió una brusca alteración, éste asintió repetidamente. Luego, se limitó a manifestar:

—Muy bien.

O'Rourke.

No tardaré en llegar. Prepare una docena de agentes para que mañana vengan conmigo a esta zona. Si, una docena. Armados todos. Con rifles de caza mayor. Y mira telescópica, sí. Ya le explicaré. Hasta luego.

Colgó. Se quedó mirando a Audrey Nelson y a Graves. Éste, de modo instintivo, había apoyado una mano en el hombro de su secretaria. Le contemplaba, expectante.

—¿Alguna novedad, sargento? —indagó—. Parece excitado.

—Tengo motivos para estarlo, Graves. Ya me han leído el informe de la autopsia.

—¿Y…?

—Es como esperaba. Han encontrado adherido a la piel de la señora Oakley lo que me temía… Escamas, Graves. Escamas de algún reptil anfibio, o acaso de un extraño pez…

CAPÍTULO VI

DE nuevo tronó en la distancia. Con mayor fuerza que en veces anteriores. La lluvia era torrencial en estos momentos.

Suspiró Darrel Graham, bajando la cortina de la ventana. Regresó a la mesa donde se hallaba reunida la familia. Sólo faltaba Adam. Trevor y tía Glenda ocupaban los dos asientos situados a ambos lados del suyo. Se acomodó de nuevo, tomando un sorbo de café.

—¿No vas a cenar más? —le preguntó su tía, solícita.

—No, gracias —rechazó Darrel el segundo plato—. Tomé antes unas galletas con el oporto. Me quitó el apetito, tía. Con el pescado tengo suficiente.

Trevor le miró, taciturno, desde su largo rostro, pálido y falto de expresión. Los grandes ojos oscuros bailoteaban en sus órbitas como un juguete mecánico.

—¿Adam no está mejor? —preguntó de repente.

—¿Cómo quieres que lo esté con este tiempo? —se quejó su madre—. Tuvo otra crisis esta misma tarde. Esa chica, Cynthia… se portó muy bien. Muy eficiente y decidida. Por vez primera he visto a Adam calmarse en el acto, cuando ella le atendió y le aplicó el Librium. No la insultó ni trató de morderla, pese a lo excitado que estaba…

Darrel bajó la cabeza. Aún tenía el periódico doblado junto a sí, en el mantel impecable de la mesa señorial, a la antigua usanza. Las letras del *Sun* de Eureka bailoteaban ante él, desde la amplia cabecera de la primera plana:

«Segundo asesinato en la región del río Mad. ¿Es cierta la leyenda de la Bestia? La policía de Eureka se muestra demasiado reservada sobre el asunto».

Desvió los ojos de la fotografía del cadáver de Hattie Oakley en el camino vecinal. Era un espectáculo horrible, capaz de cortar la

digestión a cualquiera. Escuchó la lluvia y el retumbar del trueno allá lejos.

—Tía Glenda, he oído rumores hoy, en el parador de carretera y en la gasolinera… —dijo de pronto.

—¿Rumores? —Ella le miró vivamente, con sus ojos escudriñadores—. ¿Sobre qué?

—Sobre la leyenda —dijo—. La policía parece creer en ella.

—¡Qué locura! Son rematadamente tontos, Darrel.

—Yo no lo creo así —suspiró él—. Empiezo a creer… en la Criatura.

—¿La… Criatura? —repitió su tía, sorprendida—. ¿Por qué ese nombre ahora?

—Es el suyo verdadero. Nunca fue una auténtica Bestia, sino un raro ser amorfo, mitad pez, mitad hombre. O mitad reptil, mitad humano, para ser exactos. Un anfibio monstruoso. Es lo que cuenta la leyenda auténtica. Mora en el pantano. Y ha revivido.

—¡Tonterías! No tiene sentido, querido. Ningún sentido. Es cosa de locos creer eso.

—Yo no soy ningún loco, tía. Y sin embargo… lo creo.

La anciana le miró perpleja, con su mano engarfiada en la empuñadura de plata del bastón. Los grises ojos brillaban como puntas de acero, fijas en su joven sobrino.

—¿Lo crees? —susurró—. Eso es ridículo, Darrel. Si lo que pretendes es sensacionalismo para escribir un nuevo libro diferente a todos, es posible que…

—No, tía —negó severamente su sobrino—. No busco propaganda para un libro, ni nada parecido. Sinceramente, creo que existe ese monstruo.

—¡Darrel!

—Lo siento, Glenda. El primer día de llegar aquí, eso hubiera sonado a ridículo. Ahora lo estúpido sería negar lo evidente. Hay pruebas.

—¿Pruebas? —Desdeñosa, la anciana sacudió la cabeza, malhumorada—. ¿Qué clase de pruebas puede haber de algo semejante, Darrel?

—Sencillamente eso: pruebas. Tía Glenda, el sargento Baxter ha informado a Homicidios de sus conclusiones. Tuvo la gentileza de llamarme antes de cenar. Me notificó que la autopsia del cadáver de

la señora Oakley, la asistenta de Richard Graves, reveló la presencia de escamas sobre su cuerpo y heridas. Y huellas de incisivos o colmillos semejantes a los de un pez voraz, como un tiburón, pongamos por caso… Un tiburón, tía Glenda, que no puede existir en tierra firme, como es esta región. Ni puede atacar en un camino, bajo la lluvia. Una figurilla propiedad de Matheson, Que luego lo era de Graves, ha desaparecido. Johnny Loman, el dueño del parador de carretera, ha confirmado que su mujer adquirió una a un vecino, hace cosa de tres años… ¡y ahora tampoco la tiene en su trastienda, donde estuvo siempre!

—¿Y qué? —aulló la vieja señora Graham, golpeando airada en el suelo—. ¿Qué diablos tiene que ver eso con la leyenda? ¿Qué sentido tienen esos disparates, Darrel?

—Tía, lamento que no lo entiendas, pero… —Miró de soslayo a su primo Trevor, que parecía bobaliconamente embelesado, contemplando el vacío, pero sin duda muy atento a las palabras agresivas de Darrel Graham—. Pero, desgraciadamente, forma parte de esa leyenda maldita. Hay un ser capaz de dotar de nueva vida a las supuestas reproducciones de hombres-anfibios de las marismas. Cada figurilla se convierte en un monstruo cuando el ser que heredó la condición mutante de esa especie monstruosa entró en contacto con ellos. La causa, sólo Dios y esa especie diabólica la saben. Pero ocurre, tía. Está ocurriendo alrededor nuestro, cerca de nosotros, que es lo peor. ¡Y nosotros ni siquiera queremos creerlo, porque no nos gusta admitirlo como posible! Pero, tía, ¿qué sabemos tú, yo o cualquier otro, de los grandes misterios de la naturaleza humana, e incluso de aquellos que están más allá de todo lo sabido, en el mismo reino de lo desconocido?

—Bah, Darrel, paparruchas —jadeó la anciana, furiosa. Miró preocupada al absorto Trevor, su hijo. Trató de calmarle, de apartarlo de todo posible *shock*—. Vamos, hijo. Tu primo no sabe lo que dice…

Trevor miró con aire estúpido y ausente a ambos. Luego, inesperadamente, se echó a reír como un necio. Glenda Graham miró con reproche a su sobrino. Pero su gesto, su máscara de ira, se disolvió de repente en una especie de convulsión emotiva, cuando la voz suave e incolora de Trevor Graham comentó como al azar:

—Madre, no debes extrañarte de lo que dice el primo Darrel…

Madre, él no miente… Yo… yo he visto una noche de lluvia… convertirse en pez o eh reptil, no sé lo que verdaderamente era… a… a mí hermano Adam…

Afuera retumbó otro trueno. La lluvia arreciaba, batiendo furiosa los cristales. Y en alguna parte de la casa se mezclaron un rugido demoníaco, inhumano… y un agudo grito de mujer aterrorizada…

—¡Cynthia! —rugió Darrel Graham, palideciendo—. ¡Cynthia Parrish!… ¡Está ahora con el primo Adam!…

Luego se precipitó hacia la galería encristalada, y se precipitó sin perder tiempo hacia la terraza batida furiosamente por la lluvia.

* * *

Cynthia yacía, empapada de agua, a la puerta misma de la galería situada al final de la terraza. Su gesto, su rostro todo, eran una máscara del más vivo y patético horror. Temblaba, con sus cabellos mojados, sus ropas adheridas a su bonito cuerpo, la mirada fija en una puerta abierta de la larga vidriera, como mirando sin ver hacia el corredor medio en sombras, al punto donde alguna puerta mal cerrada crujía y chirriaba, a impulsos de una corriente de aire. El cielo oscuro, tenebroso, desgarrado de tarde en tarde por el centelleo de las chispas eléctricas, iluminaba su aspecto dramático con tintes desgarradores.

—Cynthia, muchacha… —masculló Darrel, también empapado ya de agua de lluvia, al precipitarse sobre ella, esgrimiendo todavía el largo, afilado cuchillo trinchante que tomara de encima de la mesa, al escuchar los gritos—. ¿Qué ocurre? ¿Qué es lo que le pasa?

Cynthia miró hacia él. Temblaba espasmódicamente, encogida sobre sí misma, como si hubiera visto el mayor horror imaginable. Sus grandes ojos estaban fijos en él, y ahora levantó hacia Darrel unas manos crispadas, temblorosas, como implorando ayuda y protección.

—Señor… señor Graham —sollozó—. Dios mío, sólo usted puede salvarme… Sáqueme de aquí, se lo ruego.

—Vamos, vamos, cálmese —Darrel, bajo la lluvia, se agachó, tomando a la joven entre sus fuertes brazos. La alzó, mirándola fijamente, tratando de inculcarle todo el valor y energía necesarios en tal ocasión. Con voz firme, llena de energía, la interpeló—: Nadie va a hacerle nada, pero por favor… ¿qué ha sucedido? ¿Qué

es lo Que la tiene amedrentada?

—Ahí… ahí… —jadeó ella, con voz quebrada—. Lo he visto… ¡Lo he visto!… Era… era espantoso…

Un escalofrío agitó a Darrel Graham. Sin saber por qué, un repentino pánico se apoderó de él y trató de dominarlo. Pese a ello, la sensación hormigueante subía ya por su espina dorsal cuando la interpeló casi violento, agitándola entre sus brazos:

—Por el amor de Dios, Cynthia, hable… ¡hable de una vez! ¿Qué ha visto, qué era?

—El… el monstruo —sollozó la doncella—. ¡Ese monstruo aterrador! ¡Era… era como un enorme pez… como un reptil andando sobre sus extremidades posteriores!… ¡Y salió de allí!

Señalaba a un punto determinado. Luego se desplomó definitivamente, pese a estar sujeta por los brazos de Darrel Graham. Había perdido el conocimiento.

—Tía, cuida de ella —rogó Darrel, cuando su tía Glenda y su primo Trevor alcanzaron el lugar, mirando con asombro a la doncella inconsciente—. Yo voy a ver qué ha sucedido exactamente…

Dejó a la muchacha protegida por la cornisa, para que la lluvia no la golpeara sin piedad. Su tía y Trevor se arrodillaron junto a ella para cuidarla.

La anciana dama le interpeló bruscamente:

—Darrel, ¿qué significa esto? ¿Qué es lo que vas a buscar?

—No lo sé aún, tía Glenda —confesó el joven, precipitándose hacia la galería—. Pero ella ha visto algo… Y quiero saber lo que era.

Empujó la puerta de una habitación. Era la que, sin cerrar del todo, chirriaba con las corrientes de aire. Se enfrentó a un lecho. El de su primo Adam. Las correas estaban allí. Pero sueltas. El enfermo había escapado. No vio ni rastro de él.

Y de esa habitación, según Cynthia Parrish acababa de decir, había brotado ante sus ojos un monstruo con figura de hombre-reptil…

Afuera un trueno terrible retumbó.

* * *

Tal vez había hecho mal.

Recordó los consejos del sargento Baxter, y lamentó no haberlos

seguido al pie de la letra. ¿Qué diablos importaba a estas alturas la reputación de las personas, cuando la vida estaba en peligro?

Ciertamente, el coche deportivo era rápido y seguro, con su capota echada para protegerse de la lluvia. Pero era tal la cortina de agua que caía, que debía ir a velocidad reducida, para ver el camino que recorría. Aquélla no era precisamente una autopista para confiarse en ella. Conducía con miedo, con prevención. Incluso el limpiaparabrisas era poco eficaz para barrer el creciente caudal de agua que batía sobre el vidrio y la capota. El exterior era solamente un fantasmal conjunto de vagos perfiles difuminados por la lluvia y la luz de sus potentes faros.

Un guiño luminoso, de color rojo, quedó atrás rápidamente. Era Johnny's,
el parador de carretera. Gustosamente se hubiera detenido allí, quedándose a tomar algo caliente, demorando su viaje. Pero no había moteles cercanos en esta época del año. Y sabía que Johnny Loman no tenía alojamiento para viajeros.

Alcanzó el recodo y continuó por la ruta de asfalto, negra como un chorro de pez tirado sobre la tierra boscosa del norte de California. Se esforzaba por ver a través del aguacero, recordando borrosamente las palabras del fornido sargento Baxter:

«Yo que usted, señorita Nelson, no me iría esta noche de aquí… Es peligroso viajar por esta región, especialmente cuando ha oscurecido… y está lloviendo».

Tal vez debió seguir ese consejo. Y también Richard Graves. Si él hubiera insistido en que se quedara… Pero Richard parecía tener miedo. Y no sólo a un supuesto monstruo, sino a su propia reputación, a los comadreos del lugar, a lo que pudieran decir de un hombre cuya esposa está casi aún caliente en su fosa, mientras acoge a una secretaria exultante de atractivos en su propia casa… y pasan ambos la noche bajo un mismo techo.

Audrey Nelson hizo un gesto de fastidio. Como si eso importara algo… Claro que en Hollywood no importaba a nadie. Pero éste era otro lugar. Pueblerino, de gentes que se conocían entre sí, que se criticaban despiadadamente. Ella ya sabía lo que Richard podía sentir al tenerla cerca. Y lo que ella misma podía llegar a pensar de esa proximidad. Claro que ahora Pamela no existía. Eso, sin duda, cambiaba mucho las cosas. Cuando menos, las cambiaba para

Richard. Así eran a veces los hombres, pensó con cinismo. No le había importado demasiado cuanto hizo en vida de ella, a sus espaldas. Y ahora, de repente, se sentía pusilánime…

Al diablo con él, pensó, manejando el volante de su deportivo rojo. Todos los hombres eran igual de estúpidos, incluido Richard. Se sentían felices de engañar a su esposa. Pero muerta ella, de repente se querían sentir mejores y más dignos. Todos iguales.

Audrey sonrió vagamente. No importaba. De cualquier modo que fuese, Richard Graves estaba en sus manos. Haría de él lo que quisiera. La siguiente entrevista sería diferente. Ya no pensaría tanto en Pamela. Ni en los comadreos. Esta vez no iría a su propio terreno. No volvería a su finca de la región del río Alad. No. Él tendría que volver a los estudios de Los Ángeles. Y allí, todo sería diferente. Pamela Graves sería sólo un recuerdo. Y los recuerdos siempre se difuminan con el tiempo. Hasta borrarse del lodo…

Los focos de su coche revelaron la presencia de un árbol caído en la carretera. Tuvo que dar un brusco frenazo para evitar el choque. Desvió el vehículo, metiéndose en la cuneta. Por fortuna, sólo hacía un leve desnivel fangoso, entre matorrales.

Respiró con fuerza al detener el coche deportivo. Se apoyó en el volante, maldiciendo la noche, la lluvia torrencial, el fuerte viento que derribaba árboles de la cuneta. Todo parecía serle hostil en aquel maldito lugar.

Conectó la radio. Emitían música bailable. La dejó, mientras reflexionaba sobre el modo de rodear el obstáculo. Era difícil. Aun en aquella posición, los faros revelaban su forma. Cruzaba por completo la carretera. No era muy recio. Podía levantarlo de entre los charcos oscuros que salpicaban el asfalto, si ponía en ello algo de fuerza y un mucho de maña.

—Y por cierto que lo haré —dijo con repentina energía, casi rabiosamente, abriendo la portezuela y saltando fuera del coche, mientras la brillante luz de los dos faros barría la ruta, alumbrando nítidamente la cinta de asfalto, los charcos de agua y el árbol abatido.

Se encaminó decididamente al tronco caído. Se inclinó, y utilizó ambos brazos. Se manchó de barro, pero no le importó. Logró aferrar el tronco y moverlo. Lo deslizó. Lo justo para dejar un hueco suficiente en la ruta para su coche deportivo. Respiró con fuerza,

complacida de su éxito. Se sacudió las enfangadas manos.

—Bien… —murmuró triunfalmente—. Hay pocas cosas en la vida que detengan a Audrey Nelson…

La lluvia seguía siendo torrencial. Empapaba sus ropas, pegándolas a sus pechos generosos y firmes, a su cuerpo sensual y repleto de curvas. Ella no se preocupaba por eso. Echó a andar, a contraluz de los faros, de regreso al coche deportivo.

Y, de repente, sucedió.

Llegó de la oscuridad. Primero fue un sonido extraño, inarticulado. Un raro chapoteo en el agua de lluvia también. Repentinamente atemorizada, Audrey Nelson miró con ojos dilatados hacia las sombras, más allá de los dos redondos ojos de luz cegadora de su coche.

—Eh… —murmuró, alarmada—. ¿Qué es eso…?

Pronto lo supo. No le sirvió de nada. Pero lo supo. Y luego… murió.

Murió como habían muerto otras. Cuando una masa informe, increíble y atroz, brotó de entre las sombras, precipitándose sobre ella, entre salpicaduras de agua y fango. Un grito agudo, desgarrador, brotó de la garganta de la rubia y exuberante Audrey Nelson, cuando aquello hizo su aparición y se desplomó sobre ella, procedente de la negra noche tempestuosa.

Algo frío, viscoso y terrible, tomó contacto con ella. Bajo aquel contacto, las ceñidas ropas comenzaron a desgarrarse, pulverizadas por unas fauces dignas de un tiburón o de un gigantesco pez carnívoro…

La muerte sorprendió así a Audrey Nelson a menos de cinco yardas de su lujoso y seguro coche deportivo, precipitando luego su cuerpo destrozado, sangrante y casi irreconocible, a un charco de agua negruzca, que pronto se tomó rojiza…

Luego, cuando la voz de la infortunada se extinguió, un silencio de muerte reinó en el paraje desolado.

Bajo el aguacero algo reptó, alejándose.

Algo frío, viscoso, de escamoso cuerpo, de extremidades membranosas, de ojos sanguinolentos y fauces goteantes de sangre humana…

La Bestia existía. La Bestia había matado de nuevo.

Y esta vez, sólo unos momentos más tarde, alguien hallaba el

cadáver, el espectáculo de sangre y muerte, en la carretera de la región aterrorizada. Cuando todavía Audrey Nelson estaba tibia, sin que el frío de la muerte hubiese helado sus miembros.

CAPÍTULO VII

DARREL GRAHAM contempló pensativo al hombre que, presa de un intenso histerismo gritaba y sollozaba, en medio del parador, el rostro hundido entre sus manos.

No lejos de él, el sargento Baxter trataba de confortarle. La señora Loman se limitaba a permanecer muy pálida, la vista fija en su marido.

Era Johnny Loman quien se agitaba, sacudido por una profunda crisis nerviosa, sollozando y pronunciando frases entrecortadas, que a veces resultaban del todo incoherentes.

—Vamos, vamos. Loman, cálmese —pedía Baxter, insistentemente—. No deje que sus nervios le dominen. Comprendo que ha sido una experiencia terrible, pero…

Era difícil controlar a Loman. Darrel Graham suspiró, acercándose al policía.

—En su lugar, creo que yo estaría igual —murmuró apagadamente—. Ha sido algo atroz para él. Por si no bastara el hallazgo del cadáver…

Johnny Loman levantó lentamente su rostro bañado en lágrimas, contempló patéticamente a cuantos le rodeaban. Aparecía desencajado, los ojos dilatados, la boca crispada, la piel lívida. Temblores espasmódicos sacudían su cuerpo fuerte y enjuto, bajo el «mono» gris y la camisa azulada.

—Si lo hubieran visto… —jadeó—. ¡Si hubieran visto ustedes aquello…!

—Sí, Loman, sí —asintió el policía—. Lo comprendo muy bien. Tuvo que ser una impresión aterradora… ¿Está seguro de todo lo que vio?

—Cielos, ¿pretende hacerme creer que estoy loco? —gimió el dueño del parador—. ¿Es eso lo que piensa?

—No, no. Sencillamente, quiero estar convencido de que todo es

como usted cree haberlo visto, Loman.

—No es que lo crea. ¡Es que lo vi! —protestó vivamente Johnny, agitando sus brazos con ímpetu—. Lo vi tan claramente como ahora les veo a ustedes… Estaba allí, ante los faros de mi propia furgoneta… Al ser iluminado, se agitó de una forma horrible y… y escapó. ¡Sí, escapó dando saltos, moviéndose como lo haría una rana o un reptil, hasta desaparecer en la oscuridad, mientras yo me quedaba petrificado, contemplando el cadáver ensangrentado, el coche rojo y, sobre todo, aquella espantosa forma viviente que se perdía de vista ante mis ojos!

De nuevo le sacudieron histéricos sollozos y convulsiones. Baxter no quiso insistir. Giró la cabeza, clavando sus ojos en Darrel. El joven sacudió la cabeza.

—Lo ha contado varias veces —observó—. Y siempre del mismo modo, sargento… No parece que haya visto visiones ni imagine cosas… Por increíble que parezca… él lo vio.

—Sí —musitó con tono angustiado Baxter—. Es la primera persona que, realmente, ve al monstruo, señor Graham… Ya no hay duda, si es que quedaba alguna por despejar. Éste no es un caso normal. No se trata de unos crímenes vulgares ni de un asesino merodeador. Estamos ante un suceso escalofriante, ante algo que está más allá de lo natural, en lo desconocido…

—Resulta tan difícil de creer pese a todo, sargento… —argumentó Darrel, sombrío.

—Sí, pero nadie recurriría a un disfraz tan grotesco. No es una farsa ni una leyenda. Es algo real. Está sucediendo. Cerca de nosotros, en alguna parte, se agazapa un monstruo aterrador. Y lo malo es que, en momentos que no sean de mutación, ese ser puede parecer normal, incluso podría ser… uno de nosotros.

—Por Dios, no diga cosas tan horribles, sargento —se quejó, horrorizada, Sarah Loman.

—Es la pura verdad, señora. Se trata de algo más lejos de lo que la mente puede concebir. Un fenómeno biológico, científico o demoníaco, no lo sé a ciencia cierta. Pero en los pantanos existieron unas criaturas que, por una extraña razón regresiva, han vuelto a resucitar, bajo la acción de un ser humano contaminado por un mal sin precedentes, algo que dejó un virus alucinante, inoculado en una persona… y otra lo heredó posteriormente, como espantosa

sucesión genética. En resumen: una criatura mitad humana, mitad anfibia, algo parecido a un pez o un reptil de extraña naturaleza, se mueve por esta región, en especial cuando empieza a llover y se hace de noche. Elude la luz, eso es evidente. Y también el clima seco, el suelo sin humedad… Es un ser de los pantanos, nacido y criado entre aguas pestilentes y cenagosas. Un monstruo sin precedentes, que puede invadir por el terror a toda California, si antes no impedimos que prospere.

—Pero ¿cómo encontrarlo? —murmuró Darrel, ceñudo—. Tiene usted hoy a muchos de sus hombres batiendo la región, rifle en mano… y no encuentran absolutamente nada.

—No desespero todavía. Batiremos también la marisma con equipos adecuados para evitar todo contacto con insectos y posibles organismos víricos. En alguna parte han de estar sus «criaturas», las que, desde su actual forma de simples figurillas decorativas, se han transformado en nuevas crías vivientes, prestas a atacar. Aunque sospecho que, hallado el elemento catalizador de todo ese fenómeno, éste terminaría.

—¿Se refiere… a la Bestia en sí?

—Me refiero al hombre que tiene la facultad de transformarse en monstruo cuando llueve en plena noche, señor Graham —cortó secamente el sargento Baxter. Luego, sin dejar de mirarle, tras una pausa, su voz cambió de tono—: A propósito, señor Graham, ¿qué sucede con su primo Adam?

—Ya lo sabe usted. Desapareció anoche.

—Ya. Y su tía ha denunciado su desaparición, solamente porque ha visto a mis hombres batiendo la región, rifle en mano, y tiene miedo de que su hijo sufra algún daño. En caso contrario, ustedes no hubieran dicho nada, guardando en secreto la desaparición de Adam Graham, ¿no es cierto?

—Yo no sé lo que pensaba hacer mi tía en cualquier caso —eludió Darrel—. Pero sé lo que hubiera hecho yo, en todo caso.

—¿Qué?

—Denunciar su desaparición, ocurriese lo que ocurriese. Adam es un enfermo. Y a veces, un enfermo peligroso. Para sí mismo o para los demás.

—Algo de eso he oído, señor Graham. ¿No es cierto que su primo sufre agudas crisis en días de lluvia, especialmente por la

noche?

—Sí, es cierto. Son crisis epilépticas y psíquicas, sargento —cortó agresivamente Darrel—. No se trata de «mutaciones biológicas», en ningún caso.

—No dije eso —Baxter dibujó una sonrisa fría en sus labios apretados—. ¿Usted ha llegado a pensarlo, quizá?

—Sí —afirmó secamente—. He llegado a pensarlo, sargento. Inevitablemente.

—¿Y…?

—He llegado a la conclusión de que Adam no puede ser lo que usted está buscando.

—Es natural pensar así. Usted es un Graham…

—No, no lo soy. No de sangre, sargento. Sólo llevo el apellido familiar. De todos modos, me preocupa Adam. No sé por qué escapó, ni adónde fue. Pero sus hombres podrían confundirlo con el reptil humano, si le descubren entre la espesura… y quizá sucediera lo irremediable.

—Mis hombres llevan rifles de caza mayor, con mira telescópica. Al tomar puntería, el visor telescópico dibuja muy claramente el blanco. No puede haber error, no tema. De todos modos, también están buscando a un enfermo desaparecido.

—De día, y sin llover, será inofensivo.

—¿Quién? ¿El monstruo? —preguntó cáusticamente Baxter.

—No. Mi primo Adam —replicó, seco, Darrel—. Sus crisis ceden. Pero pudo haber caído a alguna zanja… o estar herido. Me preocupa su suerte, sargento.

—A mí también. Seguirá la búsqueda, no lo dude. La de ambos… si son diferentes personas. De cualquier modo, no será lo mismo razonar conmigo que con la gente.

—¿Qué quiere decir? —Frunció el ceño Darrel.

—Usted ya sabe lo que es la masa, el populacho, la ignorancia de mucha gente y la fantasía o mala fe de otra… La desaparición de Adam Graham está dando mucho que hablar. Demasiado. La vecindad sospecha. Acabarán por estar convencidos de que su primo… es la Bestia que buscamos.

—Sí, ya lo he pensado —asintió tristemente Darrel—. Eso sería malo para todos. Podrían incluso lincharle. Conozco a las turbas cuando se rompen ciertos barnices de nuestra sociedad, sargento.

—Trataremos de evitar que eso suceda. Pero no dude de que, muy pronto, Adam Graham será, para toda esta región, el sospechoso ideal… —Se acercó a Johnny Loman, que parecía algo más calmado, dentro de su crisis actual—. Ahora, Loman, trate de recordar detalles, por desagradable que todo esto le resulte, amigo mío. ¿Recuerda bien cuáles eran las dimensiones de… de la criatura?

Los ojos de Johnny bailotearon en sus órbitas, casi patéticamente. Su nuez subió y bajó, al tragar saliva ruidosamente. Luego, sonó su voz de modo apagado, inseguro:

—Podría… podría tener las dimensiones de un ser humano, sí —admitió—. Alto, desde luego. Y más voluminoso. Pero no era ningún disfraz, lo juro. Su cuerpo era escamoso, su cabeza de pez, sus manos y pies membranosos… Y sus ojos… ¡Sus ojos eran terriblemente rojizos, como inyectados en sangre! Me miraron con una malignidad… Fue espantoso, sargento… Su boca chorreaba sangre… Tenía unas fauces y unas mandíbulas como un pez, pero afiladas como púas, como incisivos de tiburón…

—Sí, es su arma. Con esos incisivos destroza a sus víctimas. Se ensaña en ellas, pero sin devorarlas. Una extraña especie anfibia, digna de una pesadilla —el sargento meneó la cabeza con desaliento—. ¡Cielos, cuando sepan esto en todo el país! Puede terminar con los turistas, con todo lo conocido y probado científicamente… Nadie querrá creer una realidad semejante. Es… es como hablarles de marcianos. O de Drácula o Frankenstein, compréndalo. Se habla siempre de ellos, pero nadie cree en su existencia real. Y esto… esto es mil veces peor que todo ello. Mis superiores no quieren creer en la existencia de tal monstruo, pese a las evidencias de las autopsias. Siguen pensando en un gran fraude, en un responsable completamente humano…

—No, no —rechazó Johnny Loman—. Eso no es posible. Aquello… no era humano. Estoy dispuesto a jurarlo ante cualquiera que me pregunte, aquí o en San Francisco. O en Washington, si me llaman allí a declarar.

—No dude que sucederá así, si esto continúa —comentó el policía con voz ronca—. El Gobierno querrá saber qué sucede en California. Lo que no sé es si nos encerrarán a todos, antes de creer una sola palabra de esta demencial historia…

Darrel, sin decir palabra, se encaminaba ya a la salida del parador de carretera. El cielo aparecía nuboso, pero sin amenazar lluvia inmediata. La tierra, aunque algo húmeda, se iba secando paulatinamente. La mañana era grisácea y sombría. Allá, en la distancia, se vislumbraban las siluetas de los policías armados de rifles, recorriendo la región en una minuciosa batida.

—¿Va a su casa, señor Graham? —preguntó Baxter dándole alcance.

—Sí —le miró por encima del hombro, algo hosco—. ¿Por qué?

—He dejado mi coche en casa de Graves —explicó Baxter—. Tengo que volver más tarde a hablar con ese hombre cuando se haya serenado un poco. La muerte de su secretaria ha sido otro rudo golpe para él, tras el fin de su mujer.

—¿Quiere que le lleve a algún sitio con mi coche, sargento?

—Sí, por favor. A su casa —rogó el policía.

—¿A… mi casa? —farfulló Darrel, algo seco—. ¿Es por lo de Adam?

—Sí, señor Graham. Quiero estudiar su habitación, ver cómo pudo escapar… y hacer, algunas preguntas a su familia, al servicio… ¿Quién descubrió su evasión?

—Cynthia Parrish, nuestra doncella —explicó Darrel, caminando hacia el automóvil detenido ante el parador de carretera—. Y yo, al gritar ella alarmada.

—Ya —Baxter llevaba la cabeza baja, como interesado en las punteras de sus zapatos—. ¿Llovía mucho entonces?

—Mucho. Vimos sus huellas en dirección a la terraza. Debió usar luego la escalera que da al jardín. Pero, ciertamente, eran huellas normales, sargento, no de extremidades membranosas…

—Lo supongo —sonrió el policía, sacudiendo la cabeza—. No se enfade conmigo. Ya le dije que yo sé razonar. Es la gente quien me preocupa. Su familia tiene fama de misteriosa en esta región. Supongo que eso no favorecerá en nada sus opiniones sobre Adam, en este caso concreto. El miedo y la superstición van a pesar mucho desde ahora, tras haber visto Johnny Loman al monstruo cara a cara…

—¿Por qué cree que no le atacó a él? ¿Porque sólo elige mujeres como víctimas?

—Puede ser eso, o quizá que una víctima le deja satisfechos ya

sus feroces instintos. Cuando Loman regresaba del pueblo, de comprar mercancías para el negocio, Audrey Nelson va estaba muerta y despedazada. La llegada de otro vehículo, y los faros de éste, al iluminarle, debieron amedrentar al monstruo, que optó por la evasión. Johnny Loman fue muy afortunado de que las cosas ocurrieran así, señor Graham.

—Sí, eso es evidente —puso en marcha el automóvil, con Baxter sentado a su lado. Condujo, en busca del camino vecinal que conducía a la finca de los Graham. El gesto de Darrel era pensativo, hondamente preocupado—. Para serle sincero, yo tampoco estoy seguro sobre mi primo Adam, sargento.

—¿De veras? —Le miró fijamente, con sorpresa—. ¿Sospecha de él?

—No es eso. Pero su rara enfermedad me preocupa. Los Graham parecen enfermizos todos. Y como usted ha mencionado que ese virus, o lo que sea, es hereditario…

—¿Teme que los Graham sean familia de un hombre llamado Jason Lord? —La pregunta del policía no era burlona ni trivial, sino profundamente seria.

—¿Por qué no? Imagino que Jason Lord, el hijo del científico que se suicidó, al descubrir la horrenda tara familiar, se asustaría de sí mismo primero. Luego, su propio instinto de conservación, y el de la fiera diabólica que llevaba dentro, le dictarían normas de conducta para eludir cualquier persecución, para proteger su vida… Una de las más elementales consistiría en… en cambiar de nombre, sencillamente.

—Vaya, eso no es ninguna tontería —aceptó gravemente el sargento—. Sí, creo que eso es lo que haría cualquier persona en buena lógica…

—Exacto. ¿Por qué no pudo ser Lord, posteriormente, un Graham, pongamos por caso? Mi familia no tiene raíces muy rancias, que yo sepa. Y la edad de ese monstruo es algo tan indefinido, tan oscuro…

El coche rodaba por el desigual sendero. «Despacio», afirmó el sargento Baxter, la mirada fija en la distancia, en los cercanos bosques de altos pinos, por donde de vez en cuando se descubría el deambular constante de los hombres llegados de Eureka para colaborar en la búsqueda del monstruo de las marismas.

—Sí, pudo ser un Graham —aceptó—. O un Graves. O un Matheson. O cualquier otro, ¿por qué no? Como usted dice, puede tener cualquier edad. Y esconderse bajo cualquier nombre o identidad…

—¿Sospecha de todos?

—De todos —afirmó, mirándole con rara fijeza ahora.

—¿Incluso de mí? —sonrió irónicamente Darrel.

—Incluso de usted —aceptó rudamente el sargento—. ¿Por qué no?

—Claro. ¿Por qué no? Parece que conmigo llegó a este lugar la cadena de atrocidades.

—Eso es. Pero no olvido tampoco a la señora Matheson, Graham. Ella murió hace un año, a poca distancia de aquí. ¿Dónde andaba usted entonces?

—¿Hace un año? —Darrel frunció el ceño, tratando de recordar—. Bueno, creo que por entonces me hallaba en Hong Kong. Pero eso, claro está, no quiere decir nada.

—No, por supuesto —convino el policía—. Pudo estar usted allí… o aquí. O en ambos lugares, casi a la vez. Para un avión la distancia entre Hong Kong y California no es gran cosa. Bastan unas horas para ir… y volver. Habiendo matado en ese intermedio a una o a varias mujeres, Graham.

—Sabía que pensaría de ese modo. Yo, en su lugar, haría igual. Si el monstruo es mutante, si tiene el poder de cambiar de apariencia y ser, bajo la capa de un ser humano normal, una especie de gigantesco lagarto o reptil-pez, cualquiera de esta región podría ser culpable. De algo solamente parece usted muy seguro, sargento.

—¿De qué? —indagó Baxter, ceñudo, volviendo a contemplar al conductor del automóvil.

—De que la Bestia… es un hombre.

—Claro —Baxter pareció perplejo—. Jason Lord era un hombre.

—Imagine, por un momento, que Jason Lord también se casó, puesto que su apariencia era normal, mientras no lloviera y se hiciese de noche, sargento —suspiró Darrel—. Y que también engendró un hijo, pese a su enfermedad hereditaria… Ahora, podría haber un nieto del profesor Meredith Lord. Es decir, un nieto… o una niela, con la tara familiar. Una mujer, en suma, capaz de convertirse en una bestia de los pantanos.

Reinó un profundo silencio durante un trecho del camino. En la distancia se hizo visible la residencia de los Graham, destacando en medio de setos y pinares, rodeada por la cerca de la propiedad privada.

—Es una interesante teoría —aceptó con voz grave el sargento, tras aquella pausa—. Muy interesante, Graham. Procuraré tenerla en cuenta…

Darrel asintió, metiendo el coche por la vereda que conducía directamente al jardín y al garaje de la casa. Descubrió, allá en la terraza, la bonita figura de Cynthia Parrish, la nueva doncella, haciendo alguna cosa difícil de identificar desde allí. Más al fondo, aparecía Trevor, el hermano menor, paseando abatido por entre unos setos, con aire totalmente distraído y ausente. Quizá la desaparición de su hermano le había hundido en una mayor indiferencia por todo lo que le rodeaba. Una indiferencia, se dijo para sí el sargento Baxter, que podía estar llena también de preocupación, de temor. Con una persona como Trevor Graham era difícil hacer suposiciones.

—Bien; hemos llegado, sargento —detuvo suavemente el coche Darrel, abriendo la portezuela—. ¿No baja?

—Sí, claro —puso un pie en el blando suelo del jardín. Le miró de soslayo—. ¿Usted no?

—¿Va a hacerme preguntas a mí también? —indagó a su vez Darrel.

—No, claro que no. Ya hemos charlado ambos. Preguntaré a su tía y a su primo. Y también al servicio. Es todo.

—Entonces, no le soy necesario.

—¿Se marcha?

—Voy a dar unas vueltas por ahí —asintió Darrel, distraído. Algo, una luz peculiar, brillaba en el fondo de sus ojos, intrigando visiblemente al sargento, que hubiera dado algo por saber qué pasaba por la mente de su acompañante.

—Ya —se irguió en medio del jardín que olía a vegetación húmeda—. Tenga cuidado, Graham. No se confíe demasiado.

—Nunca lo hago —sonrió Darrel—. ¿Teme que el monstruo me ataque a mí? Hasta ahora sólo lo hizo con mujeres…

—Sí, pero hay cosas que nunca se saben… —suspiró el policía, echando a andar cachazudamente hacia el edificio—. Yo no me

fiaría demasiado.

—No lo haré, descuide —prometió Darrel, poniendo en marcha el coche nuevamente.

Maniobró, en marcha atrás, para terminar saliendo del recinto acotado. En pie en medio del jardín, Baxter asistió pensativo a la operación. Cuando Darrel se alejó definitivamente en su vehículo, el policía se encogió de hombros y se decidió a aproximarse a la casa, saludando cortésmente a la joven que trabajaba en la terraza:

—Buenos días, señorita Parrish…

* * *

Estaba ya cercano el mediodía cuando Darrel Graham detuvo su automóvil en medio del frondoso bosque donde se iniciaban las regiones menos exploradas del lugar. Aquél era el camino hacia un paraje tabú entre las gentes de la localidad: el camino de los pantanos.

Los pinos se hacían altísimos y recios, auténticos gigantes de la flora californiana. Darrel Graham los había contemplado muchas veces, preguntándose qué extraños lugares silenciosos y umbríos habría más allá del cerco de troncos gigantescos, en lo más profundo del boscaje, a donde el sol apenas si llegaba para quitar la constante humedad de la tierra, vecina a los puntos pantanosos del río.

Había pensado en ocasiones en una paz suprema, en una penumbra de siglos, en un silencio que nadie quebraba, salvo algún pajarillo en las copas de los pinos, alguna ardilla traviesa o algún silencioso y evasivo reptil de las marismas.

Eso es lo que él pensó. Parece que todo era muy distinto. El romanticismo quedaba allí desplazado por la leyenda diabólica, por la siniestra historia de las criaturas de los pantanos, los seres monstruosos, mitad hombres, mitad reptiles. Anfibios, peces, personas, de todo un poco…

En vez de un rincón de paz y calma, podía ser un nido sombrío de terror y de muerte. Nunca se le ocurrió, pero era así. Recordó que, a veces, a Adam le gustaba ir por allí, cuando estaba menos enfermo que ahora. Quizá por eso se aventuró tan lejos de los caminos y parajes habitualmente frecuentados.

«Adam nunca tuvo miedo a estos sitios —recordó, frunciendo el ceño, erguido junto a su coche, la mirada perdida en la umbría

calma del extraño lugar. Más allá, los altos pinos y las sombras entretejían azules penumbras que llegaban a ser, en la distancia, auténticas tinieblas bajo las grandes copas coníferas. Siguió Darrel el hilo de sus pensamientos—: No tenía miedo… ¿Podría eso significar algo?».

Dio unos pasos. El terreno era húmedo, muy blando. Pero crujía, al pisar sus zapatos las agujas de pino que alfombraban la tierra fangosa. De vez en cuando llegaba con la brisa húmeda el hedor pestilente de las aguas estancadas.

No tuvo que caminar mucho. De repente se detuvo en un sector en penumbras del bosque. Clavó sus ojos a los pies del recio tronco de un pino gigante, sobre una alfombra de agujas de conífera de un verde brillante. Ahora muchas de esas agujas estaban oscurecidas por alguna sustancia extraña, que no era resina de pino, ciertamente.

Se inclinó. Tocó las agujas de árbol. Luego miró hacia un rincón umbrío. Y lo descubrió.

Era él. Ya había encontrado a su primo Adam.

Pero estaba muerto. Y mucha más sangre empapaba allí, oscureciéndolas, las agujas de pino que cubrían la tierra blanda y mojada…

CAPÍTULO VIII

LA ambulancia se alejó en la tarde nubosa y triste. Un soplo de viento frío agitó los arbustos.

—Lo siento, señora Graham —murmuró torpemente Baxter—. Fui un estúpido al sospechar de él. De todos modos, la autopsia nos aclarará más las cosas…

—¿Sigue pensando que Adam, mi hijo Adam… podría ser la Criatura del pantano? —preguntó amarga, tristemente, Glenda Graham.

—No sé, señora. Una autopsia revelará algo anormal, si existe en él. Es el único modo de saberlo. Después de todo, él no murió como las mujeres. Sólo sufre una herida mortal en su pecho. Tenía aún el arma clavada. Pudo ser asesinato. Pero también suicidio. Es lo que pretendo esclarecer en primer lugar.

—Creo que Adam puso fin a su vida —suspiró cansadamente la vieja dama.

—¿Por qué supone eso? —Se volvió vivamente a ella el oficial de Homicidios.

—Es lo más lógico de suponer. Conocía su enfermedad, estaba desesperado. En un momento de depresión debió resolver lo peor… Mi pobre hijo… Al menos ahora descansa.

—Sí, pudo ser eso —admitió Baxter—. Pero estoy obligado a averiguar si le mató alguien, señora Graham.

—¿Quién podría hacerlo? —protestó ella vivamente—. Adam no tenía enemigos. No llevaba nada de valor encima. Ya ha visto cómo apareció su cuerpo… Sólo la camisa y el pantalón. Incluso iba descalzo… Nadie atacaría a un hombre así para robarle.

—No he dicho eso —negó despacio Baxter.

—Y no pudo ser la Bestia —musitó la anciana, estremeciéndose y cerrando los ojos.

Baxter miró a la señora Graham. Y a su hijo Trevor, inexpresivo

y pálido, con ojos llorosos, sentado silenciosamente en un rincón, como un ser inanimado. Y, finalmente, a Darrel, sombrío y ceñudo, erguido ante el ventanal asomado al triste jardín en la tarde.

—¿Por qué no? —demandó secamente el policía.

Darrel se volvió despacio. Sus ojos acerados estudiaron gravemente al sargento.

—Sí, ¿por qué no? —murmuró—. Es lo que yo mismo he pensado, sargento…

—¿Usted también?

—Claro. No olvido que, durante el día, mientras no llueve, tenemos a un ser de apariencia normal. Y en noche lluviosa, a un monstruo. Ambos son la misma persona. Su físico se altera. Pero, evidentemente, mientras es un ser humano como nosotros no ignora lo que realmente es, no olvida en qué clase de bestia se transforma en determinados momentos. Lo que hace es ocultar en su mente ese hecho. Disimula, finge ante los demás. Nadie imagina que él pueda ser el monstruo. Pero si alguien… si alguien con una especial sensibilidad como… como Adam Graham, por ejemplo, llegara a sospechar, a descubrir la doble identidad de ese ser… o alguna vez hubiera visto algo especial que le revelase el secreto tan celosamente guardado… el monstruo atacaría de nuevo. Pero no atacaría como lo hace en noches de lluvia, a mujeres solas, ¿verdad, sargento? Porque en ese momento no sería el reptil del pantano, sino el hombre quien atacara. Y un hombre ataca siempre por medios habituales en él. Un arma, por ejemplo. La mente que guiaría al asesino sería la del monstruo mismo, desde el fondo de su cerebro. Pero los medios a utilizar, lógicamente, serían los habituales en un ser humano.

—Perfecto —chascó la lengua Baxter, asombrado—. Graham, usted me desconcierta.

—¿Yo? —Enarcó las cejas Darrel—. ¿Por qué, sargento?

—Por su lucidez en formular teorías. Tiene madera de policía, es evidente.

—No es eso. Simplemente, uso la lógica.

—¿Existe la lógica en este caso? —dudó Glenda Graham, amargamente.

—Monstruosa, pero existe, tía —afirmó despacio Darrel—. Estamos ante un caso mitad patológico, mitad mítico. Estamos

comprobando que es mucho más lo que el hombre ignora que aquello que conoce. Lo desconocido se ha presentado de súbito ante nosotros, con escalofriante brutalidad, tía Glenda. Sabemos de un nuevo mal que puede convertir a un hombre en monstruo. Sabemos que existe ese monstruo, que mata y destruye salvajemente… y que incluso puede devolver vida y volumen a figurillas que fueron un día auténticas criaturas como él. Es posible que, en estos momentos, esas figurillas estén en un proceso evolutivo, de formación, como siniestros embriones, en alguna parte de esta región. En los pantanos o en otro lugar cualquiera, a donde no llegue la luz, y donde la humedad sea constante… De un modo o de otro, tía Glenda, el monstruo tiene su propia y terrible lógica. Y nosotros hemos de adaptarnos a ella para tratar de entender lo que sucede. Y, sobre todo, lo que pueda suceder en el futuro inmediato.

—Admirable deducción la suya, Graham —aprobó el sargento, pensativo—. Sí, nuestro monstruo puede que haya sido el asesino de Adam. ¿Usted recuerda algo que él pudiera conocer, que le haya hecho pensar en… en la persona que sufre el «mal de los pantanos», heredado del profesor Lord?

—No —suspiró tristemente Darrel, sacudiendo la cabeza con lentitud—. Desgraciadamente, no puedo saberlo, sargento. No tengo la más leve idea, se lo aseguro… Y bien que me gustaría intuir lo que sucede… y por qué mataron a Adam.

—¿Él no tenía amigos, personas conocidas en este lugar?

—¿Amigos? —Sacudió lentamente la cabeza la señora Graham —. Cielos, no, sargento. Él no estaba en condiciones de tener amistades ni andar por ahí, como los demás… Hubo algún tiempo en que su dolencia fue más leve y él frecuentó lugares, eso sí. Pero eso no hizo sino perjudicarle. Bebió demasiado durante un tiempo. No salía de cantinas, cafeterías, siempre bebiendo alcohol… Eso precipitó su crisis epiléptica, por desgracia.

—Entiendo —Baxter asintió despacio. Luego suspiró—. Bien, de todos modos les tendré informados… Voy a hacer que mi gente dé una batida por el lugar donde apareció el cadáver de su hijo, antes de que oscurezca. Aunque no tengo muchas esperanzas…

Salió de la estancia, despidiéndose de todos gravemente. Darrel le vio salir, cruzar el jardín y alejarse de la mansión de los Graham. Un pesado silencio reinó en la casa tras su marcha.

Darrel salió de la habitación. Oyó sollozar a su tía. Trevor continuaba como hipnotizado, en su habitual hermetismo. El joven Graham caminó hacia la terraza. Allí se encontró con Cynthia Parrish. Le sorprendió verla vestida como el día de su llegada. Y con un gesto preocupado en su rostro.

—Cynthia, ¿le ocurre algo? —quiso saber Darrel, acercándose a ella.

—Sí —suspiró la joven—. Me marcho.

—¿Cómo?

—Me voy de aquí. Ya he hablado con su tía, señor Graham. Debo irme.

—¿Por qué? Acaba de llegar…

—Bueno, ya no soy tan necesaria aquí, una vez muerto su primo Adam… Y este lugar no me gusta. Me da miedo. No me quedaría en él por nada del mundo. Yo pensaba que esas historias eran sólo leyendas, no una realidad tan espantosa… No puedo soportarlo más, señor Graham.

—¿Se va ahora mismo?

—No —negó ella—. Más tarde. Vendrán a buscarme con un coche alquilado, para ir a la población, a Trinity. Allí esperaré, en un hotel, para trasladarme mañana a Eureka. Y de allí, otra vez a San Francisco.

—Lamento que haya estado tan poco tiempo entre nosotros, Cynthia.

—Yo también lo lamento, pero… no podría soportarlo. Este lugar me aterra.

—Lo comprendo —suspiró Darrel—. Yo también me marcho pronto. Pero antes me gustaría saber qué sucederá aquí… Pensar que tía Glenda se queda aquí sin su hijo Adam, rondando ese monstruo por las cercanías…

Cynthia se estremeció, desviando sus ojos de la campiña, para mirarle a él.

—Por Dios, no hable así —tembló ostensiblemente, aunque no hacía frío—. Sólo el pensarlo me llena de terror.

—No se preocupe. Pronto va a dejar esto —sonrió Darrel—. Si quiere que yo la lleve a Trinity, gustoso lo haré, sin que espere usted…

—No, gracias. Ya he telefoneado. El coche estará aquí en una

hora poco más o menos. Tenía un viaje anterior. No tiene que molestarse, señor Graham. Gracias, de todos modos. Es usted una gran persona… Lamentaré dejarle, pero…

—La comprendo —puso Darrel una mano en el brazo de ella, y notó bajo su contacto el leve temblor de la joven—. La comprendo muy bien, Cynthia. Y personalmente, lo apruebo. Creo que hace muy bien. Éste no es lugar adecuado para una jovencita como usted. Menos aún en estos momentos…

Ella asintió, encaminándose luego al interior de la casa. Aún se despidió de Darrel, ya desde la vidriera de entrada:

—Adiós, señor Graham. Y gracias por todo.

—Suerte, Cynthia —le deseó Darrel, con una sonrisa—. Mucha suerte…

Luego echó a andar en dirección al jardín, pensando en muchas cosas. Entre ellas, en Cynthia Parrish, la muchacha que tan fugazmente pasara por la casa de los Graham, en fechas trágicas e imborrables para todos…

* * *

—¿Ya se marchó, tía Glenda?

—¿Quién? ¿La doncella? Sí, Darrel —suspiró la anciana—. Se fue con el coche de Mac Bain. Esa chica era una buena enfermera y excelente sirvienta. Pero comprendo que se marchara. Pobrecilla… No fue muy grata su corta estancia aquí.

—No, no lo fue —convino Darrel, pensativo—. ¿Ha telefoneado el sargento?

—No. Creo que fue a Eureka, a apresurar la autopsia de Adam… —Tembló la voz de la anciana.

—Lo sé. Ahora estamos solos, tía Glenda… Solos en este lugar, sin ese policía… Y está empezando a llover, ¿lo sabías?

—¿Qué? —Se estremeció la señora Graham, cojeando camino del ventanal. Miró al oscuro exterior—. Cierto, Darrel… Llueve. Creo que va a intensificarse el aguacero. Y está muy oscuro…

—Mucho. El nublado es muy negro. Por eso precipita la llegada de la noche… —Se quedó pensativo. Preguntó, como distraído—: ¿Hace mucho que se marchó Cynthia Parrish?

—Bueno, Mac Bain se retrasó porque traía una carga de estiércol para los champiñones de Johnny Loman… No hará un cuarto de hora que salieron. ¿Por qué lo preguntas?

—¿Sólo un cuarto de hora? —La agitación hizo presa en Darrel —. Eso significa que si Mac Bain detuvo su coche de alquiler en el parador, para entregar a Loman ese estiércol, pueden haberse retrasado aún más… y estarán en viaje en plena noche… ¡y lloviendo!

—¡Darrel! —Se asustó su tía—. ¿Qué te sucede?

Pero Darrel Graham no respondió. Ya ni siquiera estaba en la habitación. Corría escaleras abajo, como si le persiguiera el diablo.

Un momento más tarde, su coche salía del garaje y, rugiendo, partía sendero adelante, barriendo con sus potentes faros la oscuridad y la cortina de lluvia cada vez más intensa. Se perdió en la noche, camino del parador de carretera. En pos de Cynthia Parrish.

* * *

La señora Loman levantó la cabeza, con sobresalto. Empuñó mecánicamente la pesada carabina que ocultaba tras el mostrador. Pero la bajó al reconocer al hombre que asomaba por la puerta con rostro crispado.

—Oh, ¿es usted, señor Graham? —suspiró Sarah Loman con alivio—. Cielos, no gano para sustos. Johnny y ese policía dicen que esté siempre con el arma a mano, por si sucede algo. Y hoy, con esa lluvia, esa oscuridad… y sin nadie en el parador, tengo un miedo terrible, la verdad.

Darrel la miró, pensativo. Recorrió con su mirada todo el local, desierto y bien iluminado.

—¿Dónde está su esposo? —indagó.

—Oh, él como siempre… —Meneó la cabeza Sarah—. Con esos horribles champiñones, allá abajo, en la bodega del cobertizo… No sé cómo puede soportar algo así, aunque le dé dinero al venderlos en el mercado… Yo siento alergia a los champiñones. Y al olor de ese sótano. Pero a él no le preocupa.

—Entiendo —Graham miró al exterior. La lluvia golpeaba con más fuerza en los cristales del parador—. ¿No ha visto a Mac Bain con su coche? Creo que traía estiércol para Johnny…

—Oh, sí. Lo dejó afuera, bajo el alero del cobertizo —suspiró Sarah—. Ya le digo que yo nunca toco esas cosas… Luego se marchó. Llevaba una viajera, creo…

—Sí. Cynthia Parrish, la doncella de tía Glenda. Se marcha de

aquí.

—Hace bien, la chica. Yo también debería marcharme. Pero ¿quién mueve a Johnny de aquí?

—Señora Loman, ¿cuánto hace que Mac Bain y su pasajera se marcharon?

—Bueno, parece que tenía alguna dificultad con el motor… Maldijo un rato antes de emprender viaje, tras mirar bajo el capó. No iba muy deprisa…

—Cielos… —Apretó los labios Darrel—. Sólo faltaba eso…

—¿Qué ocurre, Graham? —se alarmó ella.

—Nada… salvo que es noche cerrada, está lloviendo… y una mujer viaja por esos caminos…

—Pero ella no va sola. Está Mac Bain…

—¿Y qué podría hacer ese pobre hombre, maduro y débil… si el monstruo aparece?

—Dios mío… —gimió ella.

Darrel salió rápidamente del parador. Sobre su cabeza, el luminoso hacía rojos guiños entre la lluvia. De repente se apagó, con un chisporroteo. Recordó algo.

—Otra vez averiado… —murmuró—. Como la noche del otro crimen…

Evidentemente, pensó, Johnny Loman no reparó bien el luminoso esa noche, pese a permanecer tanto tiempo en el tejado…

Alcanzó su coche. Estuvo tentado de volver, de pedir ayuda a Johnny Loman. Pero tampoco le gustó la idea de meterse en un sótano dedicado al cultivo de champiñones. Un lugar tan oscuro, maloliente, húmedo y viscoso…

Se paró de repente, junto al automóvil. Un escalofrío sacudió su espina dorsal.

—Dios mío… —jadeó—. No… ¡No es posible…!

Y pensó.

Pensó febrilmente casi… En un lugar oscuro, húmedo, maloliente…

Rápidamente, la idea pasó por su cerebro. Penetró en su coche con rapidez. Abrió el compartimiento del tablier destinado a los guantes. Pero lo que extrajo era una pistola automática, una potente «Parabellum». Se precipitó con rapidez hacia el cobertizo inmediato al parador de carretera de Johnny Loman.

Penetró como una exhalación en el oscuro cobertizo. Buscó una luz y la halló. La encendió. Brilló una sucia bombilla colgada del techo. Sus ojos se clavaron en una trampilla abierta en el suelo.

Avanzó veloz hacia allá. Encontró una potente lámpara eléctrica sobre unos cajones. La accionó. Funcionaba. Derramó un chorro de luz. Se acercó a la trampilla. Proyectó la luz abajo.

No descubrió sino una alfombra de champiñones entre hediondo estiércol. Dominando su repugnancia, descendió los escalones de madera.

Luego derramó la luz, violentamente, sobre los hongos de cultivo. Un estremecimiento de horror le sacudí.

Algo se movía entre ellos, en una especie de cisterna de aguas verdosas y fétidas… Algo que no era una sola cosa, sino varias… Unos cuerpecillos reptantes, como culebras o peces. Se sumergían y emergían rápidamente, mostrando sus cuerpos escamosos, no mayores que lagartos diminutos.

El espanto sobrecogió a Darrel, que supo inmediatamente que sus sospechas eran ciertas. Aquél era el escondrijo. El lugar donde las figurillas vueltas a la vida eran desarrolladas hasta crecer y crecer… ¡y convertirse en nuevos monstruos anfibios!

Disparó, inmisericorde. Una, dos, tres, cuatro, cinco, seis balas… Una para cada pequeño monstruo viviente… Observó sus cuerpos, reventando sus cabezas al ser heridas por los balazos. Sólo dejó de disparar cuando ni un solo cuerpecillo maldito se movía allí.

Con repugnancia increíble retrocedió, subió nuevamente al exterior, humeante su pistola, despeinados sus cabellos, crispado su rostro…

Encontró a Sarah Loman arriba, con su carabina, mirándole espantada, desde la puerta del parador.

—¡Señor Graham! —chilló—. ¿Qué sucede ahí? ¿Qué son esos disparos?

—No puedo explicárselo ahora, señora… —jadeó Darrel, convulso—. Cynthia Parrish corre peligro…

—Pero… ¿pero y Johnny? ¿Dónde está? —gritó ella.

—No está con sus champiñones, señora. Como tampoco estuvo aquel día en el tejado todo el tiempo… Como ayer no vio a monstruo alguno en el sendero… porque él es el monstruo. Lo siento, señora Loman. No puedo esperar más…

Y cuando se precipitaba hacia su coche… los faros, derramando luz en la carretera, mostraron a ojos suyos y de la señora Loman, una visión alucinante, de pesadilla…

¡A través de la lluvia, la Criatura del pantano venía hacia ellos!

CAPÍTULO IX

LUEGO, percibieron los nutridos disparos, el fragor de armas crepitando en la distancia, como un ruidoso cerco…

Y Darrel comprobó que el monstruo llegaba herido, sangrando una rara sustancia viscosa, una fría sangre oscura, de reptil anfibio…

Era enorme. Gigantesco. Como una persona alta y vigorosa. Escamoso, reptante, pero veloz, ágil en sus saltos. Membranosas extremidades, rostro de pez, ojos redondos, sanguinolentos, boca terrible, de terroríficos colmillos, más potentes y afilados que los de un tiburón.

Agujeros de bala se abrían en su escamoso cuerpo. Por ellos se le iba la vida. Y estaba recibiendo más proyectiles. Corría hacia el parador… hacia Sarah Loman. Con la desesperación patética de la muerte, de la agonía inexorable…

Darrel, rígido, alucinado, esperó a pie firme. Sarah Loman, presa de histerismo demencial, apretó el gatillo dos veces. Su carabina hizo fuego. Los pesados proyectiles desparramaron parte de la cabeza y un ojo del monstruo, que aulló con un berrido estremecedor, agitándose como un pez que agoniza colgado de un anzuelo.

—¡No, señora Loman! —gritó Darrel—. ¡No lo haga! ¡Es su esposo,…!

Ella tiraba ya su carabina, aterrorizada. El monstruo caía en la carretera, coleando rabiosamente, con una última mirada frenética de su único ojo sanguinolento, fijo en su esposa…

De la oscuridad y la lluvia surgían ahora hombres armados con rifles automáticos de potente calibre y mira telescópica. Y el sargento Baxter, a quien todos creían ausente, iba a la cabeza de ellos, arma en mano, humeando su propio rifle…

Darrel les miró, asombrado, confuso todavía.

—Sargento… —murmuró—. ¿Y… y Cynthia Parrish?

—Está bien, no tema —sonrió el sargento Baxter—. Ella se prestó a esto. Lo hizo muy bien…

—¿Qué… qué quiere decir? —jadeó Darrel, sorprendido.

—Cynthia era el cebo, ¿no entiende?

—¿Y ella lo sabía? ¿Se atrevió a tanto?

—Para una mujer-policía, Graham, todo atrevimiento es poco. Forma parte de su misión…

—¿Mujer… policía? —repitió Darrel.

—Eso es. Cynthia Parrish, agente femenino de San Francisco… Nos ha sido muy útil en este terrible juego. Cierto que ella misma llegó a sentir miedo a veces. Pero si llovía y era oscura la noche, emprendería este viaje. Estábamos seguros de que Johnny Loman atacaría de nuevo…

—¿Sabía usted que era él?

—Lo supe hoy mismo, cuando Cynthia recordó que, en sus delirios epilépticos, su primo Adam mencionaba a veces «los champiñones de Loman»… Él bebía mucho, ¿recuerda? Frecuentaba el parador de Loman, visitaba sus champiñones… Eso le debió hacer pensar en el lugar oscuro donde poder revivir los monstruos reducidos… Y el descubrirlo le causó la muerte. Johnny Loman le asesinó… Ahora debemos destruir las crías horribles.

—Ya lo hice, sargento —suspiró Darrel.

—¿Usted? ¿También sabía…?

—También —sonrió tristemente Darrel.

—Lo dije —resopló Baxter—. Es usted un buen policía, la verdad…

Callaron, para contemplar la muerte de la Criatura. Estaba ya en su estertor final. Mirando extrañamente a Sarah Loman. Luego se derrumbó el monstruo en la carretera.

Había muerto. Sarah Loman le contemplaba, horrorizada.

Poco después, un grito terrible escapó de su garganta. Y se desplomó, desvanecida.

Había razón para ello.

El monstruo, al morir, sufría su última mutación. El cuerpo escamoso desaparecía… y lo que iba emergiendo de nuevo era la apariencia física de Johnny Loman, destrozado a balazos, con media cabeza pulverizada por su propia esposa…

Poco después, no quedaba rastro alguno del monstruo. En su lugar, sólo el cuerpo sin vida de Johnny Loman, dueño del parador de carretera…

—¿Creerá alguien esta historia? —susurró roncamente Baxter.

—Supongo que valdrá más no difundirla, sargento —murmuró Darrel—. Es lo mejor para todos…

Baxter le contempló, asintiendo lentamente.

—Como siempre, usted tiene razón, amigo —acabó por confesar entre dientes.

* * *

Y, ciertamente, nadie supo la verdadera historia de los crímenes del norte de California.

Para los periódicos, Johnny Loman fue solamente un enfermo, un maníaco que se disfrazaba para asesinar. Era una versión más razonable y lógica de los terribles hechos.

Sólo que, a veces, la lógica y la razón no son como suponemos. La historia de la Bestia legendaria de los pantanos lo hubiera probado. Pero la policía y el estado de California optaron por el silencio en torno al tema.

A fin de cuentas, el «mal de los pantanos» ya no existía. Todas las criaturas monstruosas habían sido exterminadas. Y los hechos no han vuelto a repetirse más…

Sarah Loman fue internada en una clínica psiquiátrica, y aún no se ha recuperado de su tremenda crisis mental. Tal vez algún día, cuando logre olvidar ayudada por la Medicina…

En San Francisco sigue trabajando para la policía Cynthia Parrish, del Cuerpo Femenino Especial.

Pero ya no es la señorita Parrish. El Cuerpo permite que sus agentes femeninos estén casados. Y Cynthia se casó, meses después de los trágicos sucesos de California.

Se casó, y es ahora la señora Graham. Señora de Darrel Graham, que ha dejado de viajar por Oriente para establecerse de modo definitivo en la dulce y dorada California.

Aunque por una vez, no fue tan dulce ni tan dorada…

FIN



JUAN GALLARDO MUÑOZ. Nació en Barcelona el 28 de octubre de 1929, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal. Los primeros pasos literarios de nuestro escritor fueron colaboraciones periodísticas críticas y entrevistas cinematográficas, en la década de los cuarenta, en el diario Imperio, de Zamora, y en las revistas barcelonesas Junior Films y Cinema, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix.

Su primera novela policíaca fue La muerte elige y a partir de ahí publicó más de 2000 títulos abarcando todos los géneros, ciencia ficción, terror, policíaca, oeste, es sin duda alguna unos de los más prolíficos y admirados autores de bolsilibros (llegó a escribir hasta siete novelas en una semana).

Los seudónimos que utilizó fueron Curtis Garland, Donald Curtis, Addison Starr o Glen Forrester.

Además de escribir libros de bolsillo Juan Gallardo Muñoz abordó otros géneros, libros de divulgación, cuentos infantiles, obras de

teatro y fue guionista de cuatro películas: No dispares contra mí, Nuestro agente en Casablanca, Sexy Cat y El pez de los ojos de oro.

Su extensa obra literaria como escritor de bolsilibros la desarrolló principalmente en las editoriales Rollán, Toray, Ferma, Delta, Astri, Ediciones B y sobe todo Bruguera.

Tras la desaparición de los libros de bolsillo, Juan Gallardo Muñoz pasa a colaborar con la editorial Dastin. En esa etapa escribió biografías y adaptaciones de clásicos juveniles como Alicia en el país de las maravillas, Robinson Crusoe, Miguel Strogoff o el clásico de Cervantes Don Quijote de la Mancha, asimismo escribió un par de novelas de literatura «seria», La conjura y La clave de los Evangelios.

En 2008 la muerte de su esposa María Teresa le supone un durísimo mazazo pues ella había sido un sólido soporte tanto en su matrimonio como en su producción literaria. Es a ella a quién dedica su libro autobiográfico Yo, Curtis Garland publicado en la editorial Morsa en 2009. Un interesantísimo libro imprescindible para los seguidores de Juan Gallardo Muñoz.

Su último trabajo editado data de Julio de 2011 y es una novela policíaca titulada Las oscuras nostalgias. Continuó afortunadamente para todos los amantes de bolsilibros ofreciendo conferencias y charlas con relación a su extensa experiencia como escritor, hasta el mes de febrero del 2013 que fallece en un hospital de Barcelona a la edad de 84 años.